



Brigitte

EN ACCION

Lou Carrigan

El tesoro de Borkawa Pnum

Brigitte se encuentra con Número Uno en Villa Tartaruga cuando éste es contratado para asesinar al príncipe de Borkawa… por el propio príncipe.

Tras aceptar el contrato, la pareja se pone en marcha para descubrir los motivos ocultos del príncipe… ¿o será su hermano gemelo quien le ha contratado?



Lou Carrigan

El tesoro de Borkawa Pnum

Brigitte en acción - 235

Archivo Secreto - 231

ePub r1.1

Titivillus 16.12.2020

Lou Carrigan, 1977
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1






ARCHIVO SECRETO

Brigitte EN ACCION



Capítulo primero

Por supuesto que los dos ciclistas llamaban mucho la atención. Por nada especial, en realidad… No eran estrafalarios en ningún sentido, ni había en ellos nada definitivamente extraordinario. Y, sin embargo, los dos lo eran.

Eran extraordinarios, sí. Al menos, para quienes les miraban pasar, pedaleando sosegadamente, gozando del tibio sol de la isla. Y si alguien se hubiese visto en la obligación de decidir cuál de los dos era más extraordinario, se habría encontrado en un verdadero aprieto: ¿el hombre o la mujer?

¿Cuál de los dos era más extraordinario?

El hombre medía más de metro ochenta, era delgado y atlético, de hombros finos, pero anchos, y una simple mirada a ellos era suficiente para adivinar la increíble potencia de unos músculos planos, sólidos como acero. No era, en modo alguno, el clásico atleta de brazos, hombros y pectorales hinchados… Era mucho más fuerte, más duro que cualquiera de estos atletas. Manos grandes y quemadas por el sol, de dedos largos, fuertes y hermosos. Pero lo más impresionante era el rostro, que parecía tallado en piedra oscura. La boca era como un corte en esa piedra. La barbilla sobresalía, quizá un tanto agresivamente, por el cuello alto del jersey negro… Negro como sus ojos, alargados, de mirada profunda, terriblemente seria… Resultaba no poco impresionante, además de extraordinario. Tan impresionante que hasta chocaba un poco verlo paseando en bicicleta, pues a aquel hombre se le podía imaginar pilotando un avión, conduciendo un bólido de carreras, e incluso en la torreta de un carro de combate… Pero no en bicicleta.

Si el hombre era extraordinario e impresionante, la mujer era superextraordinaria, pero lo único que impresionaba en ella era su belleza.

Maravillosa.

Increíble.

Pasmosa.

Despampanante.

Casi irreal, en suma.

Debía medir alrededor de metro setenta, y la perfección de su cuerpo obligaba a pensar en un sueño. Sus largos cabellos negros flotaban sueltos en el aire, a la velocidad de la moderada marcha, como un penacho de adorno al bellísimo rostro de tono dorado, en el que destacaban los ojos más grandes, azules y bellos que puedan soñarse. La boquita era sonrosada, y en la barbilla, delicada, pero con un cierto aire voluntarioso, tenía un delicioso hoyuelo vertical. Vestía un gracioso jersey de color azul, y unos pantalones blancos, largos, que se había doblado casi hasta la rodilla, para poder pedalear… Era tan hermosa, tan dulce, tan encantadora, que cabía preguntar por qué iba en compañía de aquel tipo con cara de pocos amigos y mirada perforante, que parecía tomarse muy en serio la sencilla labor de pedalear, mientras que la muchacha, evidentemente, se estaba divirtiendo en grado superlativo.

—Mira, mira —dijo, de pronto, colocándose a su lado y soltando el manillar—. ¡Puedo ir sin sujetar el manillar!

—Te vas a caer —dijo él.

—¡Claro que no! —rechazó ella—. Anda, prueba tú.

—No tengo ningún deseo de adquirir una dentadura postiza.

—¡Eres un miedoso! —rió la muchacha—. Además, ¿qué tiene de malo una dentadura postiza? Tengo entendido que fabrican dentaduras verdaderamente preciosas.

—Puede que mis dientes no sean preciosos, pero los prefiero a la más preciosa de las dentaduras postizas. En cuanto a tus propios dientes, dudo mucho que pudieras encontrar una dentadura postiza que fuese más preciosa.

—¡Oh! —exclamó ella, sujetando precipitadamente el manillar —. ¡Me has dicho un piropo!

—No era ésa mi intención —farfulló él.

—Me lo temía —torció graciosamente el gesto la muchacha—. Lo normal en ti es ser antipático. Así que cada vez que me dices algo simpático, pienso que has pillado una insolación…

—Hay base para esa insolación. Llevamos mucho rato pedaleando… Luego te dolerán las piernas.

—¿Me darás un masaje? —le miró ella maliciosamente.

—No servirá de nada. Te dolerán tanto, que no podrás caminar.

—Entonces…, ¿me llevarás en brazos?

—Es más cómodo llevarte en coche.

—¡Oh, Dios mío, eres el hombre más antipático del mundo! ¡Me pregunto por qué te amo tanto! Y, a decir verdad, empiezo a pensar que no te lo mereces… ¿Qué dices a esto?

—Digo que, si no me lo merezco, y en cambio me amas, eres tonta. Y como sé que no eres tonta, debo deducir que merezco que me ames… Aunque la verdad es que no sé cuáles son mis méritos.

—¿Quieres saber cuáles son tus méritos?

—Me gustaría.

¡Moc-moc!, sonó un claxon tras ellos. Se arrimaron al borde de la carretera, y muy cerca de ellos pasó el autobús que hacía el trayecto entre Sliema y La Valletta, en la isla de Malta…

—¡Vamos a alcanzarlo! —exclamó la muchacha.

Comenzó a pedalear con fuerza, en actitud verdaderamente graciosa y simpática, como dispuesta a batir el récord mundial de velocidad en bicicleta, mientras el hombre seguía pedaleando con todo sosiego y calma. Ella llegó a alcanzar el autobús, lo tocó con una mano, y aminoró la velocidad, permitiendo que se alejase. Luego, dejó de pedalear, puso un pie en el suelo, y esperó parada a que el imperturbable compañero la alcanzase.

—Y ahora —dijo, antes de que él pudiera ni abrir la boca—, quiero darme un baño…, en el mar. ¿Qué dices a esto?

—Digo que hoy es tu día de caprichos.

—¿Y no piensas complacerme?

—Ya he comprado dos bicicletas, ¿no? —refunfuñó él—. Así que no veo por qué tendría que negarme a una cosa mucho más normal, como es darse un baño en el mar. Pero ten cuidado: estás acalorada, y podrías pillar un resfriado… o una pulmonía incluso.

—¡Tonterías! —rechazó ella—. ¡Vamos a ver quién llega antes a la playa!

Llegó ella, naturalmente, descendiendo la suave pendiente al lado de la carretera, sin grandes complicaciones. Tan pocas complicaciones que incluso quitó los pies de los pedales, separando las piernas, y gritando:

—¡Mira, mira, la bicicleta va sola…!

Y finalmente, lo inevitable, lo que la bella ciclista se había estado buscando, desde hacía rato: la bicicleta llegó a la zona arenosa, se hundió, quedó prácticamente clavada, y la muchacha salió por encima del manillar, disparada. Un incidente como para sufrir un percance físico considerable, sin duda…, si la muchacha no hubiese dado la vuelta en el aire, hubiese caído de pies, y luego hubiera quedado sentada en la arena, tranquilamente.

Tras ella, su acompañante dejó la bicicleta, se acercó, y se sentó a su lado en la arena, impávido.

—¿Te gustaría que fuésemos unos días a Roma, o a París…?

—¡Acabo de caerme de la bicicleta!

—Lo he visto perfectamente. Eso es lo que les pasa a las niñas desobedientes. Pero como veo que estás bien, dime: ¿quieres que pasemos unos días en…?

—Presiento que empiezas a estar cansado de tenerme como invitada en tu villa.

—Es posible que sea así —admitió él—: comes demasiado, y, además, me haces gastar dinero en bicicletas.

—¿Te parece que estoy engordando? —se alarmó ella.

—Lo sabré cuando te dé el masaje en las piernas… Quizá encuentres el agua un poco fría.

—¡No me digas que tú no vas a bañarte!

—Ya me bañé esta mañana.

—¡Pero en la bañera!

—Es un sitio adecuado, creo yo.

—¡No puedes dejarme sola en un mar tan… tan grande! ¿Y si hubiese tiburones?

—Si te encontrases con un tiburón, tengo la seguridad de que lo convencerías para que se hiciese amigo tuyo.

—Oh, vamos, mi amor…

—Está bien —se resignó él—: te acompañaré también al agua.

Se quitaron las ropas en un par de segundos, y quedaron en traje de baño. Ella, en bikini. Un bikini azul, reducidísimo, que no servía gran cosa para ocultar el espléndido cuerpo que parecía de oro, destacando junto al del hombre, mucho más oscuro. También la mano de la muchacha destacó en la de él, cuando la tomó: la delicadeza y la fuerza unidas.

—¡Vamos a entrar corriendo, y así no tendremos tiempo de

arrepentimos! ¡Corre!

Tiró de él, corrieron los dos hacia la playa, y se zambulleron, sin soltarse las manos. Cuando salieron, la muchacha tenía los ojos muy abiertos, como espantada. Se abrazó a él, exclamando:

—¡Oh, Dios mío!

—Ya te dije que la encontrarías fría.

—¡Atchís! —rió ella.

Lo besó en los labios, se zambulló delante de él, lo asió por los tobillos, y le hizo perder el equilibrio al tirar de ellos. El hombre se hundió, volvió a ponerse en pie, y recibió en pleno rostro las salpicaduras de agua que ella impulsaba hacia él, riendo.

—¡Hagamos una competición! —propuso—. ¡Cien metros ida y volver…! ¡El que gane, le dice al otro que lo ama!

—Está bien…

Ganó ella. Salieron del agua cogidos de la mano, y fueron a sentarse al sol. Quizá fuese cierto que el agua estaba fría, pero no era cierto, en modo alguno, que cualquiera de los dos tuviese frío. En el centro del cielo, el sol enviaba su calor y su luz, haciendo refulgir el cielo intensamente azul.

—¡Y ni siquiera tenemos una toalla! —dijo ella.

—Has ganado tú —dijo él.

—¡Porque has hecho trampa! ¡Sé muy bien que nadas mejor que yo, pero has querido tener el gusto de oírme decir que te amo!

—Una apuesta es una apuesta —sentenció él, impávido.

—Está bien: te amo.

—¿Por qué méritos?

Ella se quedó mirándolo fijamente. De pronto, se acercó más a él, y se abrazó a su cintura, apoyando una mejilla en aquel pecho que parecía de piedra. No dijo que lo amaba, no pagó su apuesta… Simplemente, se quedó así, mientras el tiempo y el sol se iban deslizando sobre ellos, lentamente. Ella cerró los ojos cuando una mano de él se apoyó suavemente en sus cabellos mojados… Estaba oyendo el latir del corazón del hombre. Como tantas veces. Conocía aquel latir, lento y poderoso… Lo conocía tan bien, que, si la hubiesen obligado a identificar a aquel hombre entre un millón, sólo escuchando los latidos del millón de corazones, lo habría conseguido. Sí, al escuchar, por fin el corazón de él, habría dicho:

«—Éste es. Este es el corazón de Número Uno. Este es el pecho

de Número Uno…».

Pero eso, realmente, no era un mérito exclusivo de ella. Él también habría sabido qué pecho de mujer estaba auscultando, al oír el latir del corazón de ella, porque lo conocía perfectamente… Sí, él también la habría identificado en el acto.

«—Este pecho es —habría dicho—. Este es el corazón de ella, el corazón de Brigitte Montfort, de la agente Baby…».

También oía el rumor del mar. Aquel rumor que tanto le gustaba. Incluso en esto, él había tenido acierto… Podía haberse instalado en cualquier gran ciudad, como París, Roma, Madrid… Pero había elegido La Valletta, en la pequeña isla de Malta, rodeada de un mar hermoso, azul, que reflejaba el sol y la vida. De tal modo que cuando ella iba a ver a Número Uno, veía siempre también el mar. El mar por todas partes, como si él hubiese sabido, desde siempre, que era lo que más le gustaba…

—¿Te llevarás la bicicleta cuando regreses a Nueva York? —oyó la voz de él, resonando en el pecho.

Brigitte Montfort, alias *Baby*, la espía más linda y peligrosa del mundo, se apartó, para poder mirar los negros ojos de Número Uno, el mejor espía de todos los tiempos.

—Lo que tú quieres saber —susurró— es cuándo me voy… ¿No es así, mi amor? Pues te lo voy a decir: no lo sé. Lo que sí sé es que, por ahora, no pienso hacerlo. ¿Es esto suficiente para ti?

—Es más de lo que merezco.

—Eres el hombre más tonto del mundo —casi gimió ella.

Le rodeó el cuello con los brazos, y lo besó, largamente, dulcemente, en aquella boca qué parecía de piedra…, pero en la que ella siempre encontraba el aliento y la ternura de aquel hombre, que daría la vida por ella, que la amaba más allá de todo…

—¿Y qué más hicieron? —se interesó, sonriendo, *Mamma* Maria.

—Oh, pues… Bueno, ¿más cosas aún? —se sorprendió Brigitte —. Creo que nada más. Tantas veces que había estado aquí, y nunca había recorrido la isla. ¡Ha sido muy agradable ir en bicicleta!

—Nunca me habría imaginado al *signore* en bicicleta —movió la cabeza la gordísima María, ama de llaves de Número Uno—. Pero ya he comprendido, hace tiempo, que él hará siempre lo que usted le pida. Si usted le pidiese la luna, el *signore* se las arreglaría para

regalársela.

—Pero no pienso pedirle la luna —rió Brigitte—. Al fin y al cabo, yo sólo dije que me gustaría pasear por la isla en bicicleta, y al día siguiente, él se presentó con dos, y nos hemos ido a pasear… Es muy hermosa la isla: hay preciosos hoteles, bonitas playas, mucho sol, gente tranquila… Es agradable pasear, bañarse donde a uno le viene de gusto y cuando le viene de gusto, y luego venir aquí, a Villa Tartaruga, y tenderse en el césped, bajo el sol, oliendo las flores y el olor a mar…

—Cuanto más pienso, más creo que el *signore* se hizo construir esta villa pensando en que usted se vendría alguna vez a vivir con él para siempre, para llenarla de niños… Es una villa muy grande y muy hermosa. Demasiado grande sólo para el *signore* y para mí.

—Quizá algún día resulte pequeña —rió de nuevo Brigitte—. Oh, me está esperando con los *martinis*. ¿Cómo está el almuerzo?

—Pronto les llamaré —sonrió María—. Ustedes sigan tomando el sol y besándose.

—Sugerencia aceptada.

Brigitte salió riendo de la casa, llevando la bandeja con el aperitivo, que había querido ir a buscar ella misma. Llevaba ahora un cortísimo albornoz, y un turbante de toalla en la cabeza… Cuando llegó junto a Número Uno, que estaba tendido en el césped, junto a la piscina, también en albornoz, él parecía dormir.

Dejó la bandeja sobre la hierba, se sentó con las piernas dobladas junto a él, y se inclinó a besarlo.

—Gran señor —susurró luego, apartando apenas los labios—, tu esclava te trae el aperitivo.

—Gracias, esclava.

—¿Me permite mi señor acompañarle mientras lo toma?

Número Uno se sentó, y miró hacia el fondo del jardín, por un lado de la magnífica casa, con arcos llenos de flores.

—Mientras estabas dentro ha llegado una paloma —dijo.

—¿Una de tus palomas mensajeras? ¡Oh, no!

—Seguramente, será un contacto de rutina. Pero, de todos modos, una paloma que ha volado quizá durante horas, merece un mínimo de consideración.

—Mi señor tiene razón, como siempre. ¿Invitamos a la paloma a tomar el aperitivo?

—Bastará que le pongamos agua fresca y comida.

Se pusieron en pie, y ella se abrazó a su cintura. Fueron al palomar, que estaba detrás de la casa. Y en efecto, había una paloma en la jaula de recepción. Entraron los dos, y Número Uno le quitó la argolla con el mensaje, y se lo guardó en un bolsillo. Atendió a la paloma, y luego regresaron junto a la piscina, siempre ella abrazada a él. El hielo se estaba derritiendo al sol, pero quedaba más que suficiente para los *martinis*. Ella sirvió en dos vasos, y le tendió uno.

—Un *martini* a cambio de una información —murmuró.

—No creo que sea nada importante.

—Pero tienes que leerlo, mi amor. Si no, ¿cómo sabrás si es o no es importante?

Número Uno encogió los hombros, y sacó la argolla del bolsillo, retirando el mensaje. Un papel muy doblado. Lo desplegó, y lo leyó, mientras Brigitte le miraba atentamente, bebiendo *martini*.

Número Uno le entregó el papel, y se dedicó a beber mientras ella leía el mensaje, que decía así:

> «EDEN ROCK HOTEL. SLIEMA CABALLERO CORBATA BLANCA DIA 25 DIECIOCHO HORAS SALÓN GRANDE. OFERTA $500».

—Supongo —murmuró Brigitte, devolviéndole el papel— que no son quinientos dólares, sino quinientos mil.

—Sí.

—¿Vas a ir a ver a ese caballero de la corbata blanca?

—Lo pensaré durante la siesta.

—Lo de la siesta es una buena idea —sonrió ella, dulcemente—. Pero no creo que sea el momento adecuado para pensar.

—En ese caso, no pensaré.

—¿Vas a ignorar una oferta de quinientos mil dólares?

—No la ignoraría si los días de trabajo me los descontases.

—¿Cómo dices? —se sorprendió ella.

—Supongamos que el trabajo que quieren proponerme va a ocuparme una semana… ¿Cuento con que prolongarás luego tu estancia aquí durante una semana?

—Pues…

—¿Te das cuenta? Oferta rechazada.

—Mi amor: estás valorando mi compañía en quinientos mil dólares semanales —sonrió Brigitte—. Yo diría que te resulto muy cara.

—Bueno —Número Uno le pasó un brazo por el cuello, se tendió, y la obligó a ella a tenderse sobre su pecho—, quinientos mil dólares no me solucionan nada, me parece a mí.

—Eso es cierto, mi señor.

—Y como tú eres todo el oro del mundo, sería absurdo dejarte para ir por unas migajas. Eso, en cuanto al aspecto económico. En cuanto al aspecto personal, ¿qué puede importarme a mí un tipo con corbata blanca?

—A ti, no sé. Pero —sonrió la divina espía—, yo soy mucho más curiosa, y espero convencerte durante la siesta para que le preguntes a ese caballero por qué lleva corbata blanca.

Capítulo II

En el salón grande del hotel Edén Rock, había solamente un hombre que llevase corbata blanca.

Un hombre exótico. Su tez era muy oscura, aceitunada, y sus ojos negrísimos. Desde luego, era asiático… Posiblemente, hindú. Vestía a la europea, sin elegancia, pero con soltura, discretamente. La corbata blanca destacaba un tanto inadecuada en sus ropas oscuras. El hombre debía tener alrededor de cuarenta años. Sus cabellos eran largos, un poco grisáceos, igual que su bien recortada barbita.

En definitiva, resultaba interesante.

Sliema está a muy poca distancia de La Valletta, cerca de la cual tenía Número Uno su Villa Tartaruga, así que podía haber ido allí en bicicleta, como aquella mañana. O en coche. Incluso en uno de los autobuses de línea…

Pero, para un espía independiente como él, que llevaba muchos años jugándose la vida, las cosas nunca eran tan simples como parecían, así que había tomado unas elementales precauciones. En primer lugar, se había vestido un tanto toscamente, sin su seria elegancia habitual; parecía un tipo que necesita echar a sus bolsillos unos cuantos dólares para seguir vegetando. Y en segundo lugar dentro de su cambio de personalidad, se había puesto una peluca de cabellos rojizos, y se había maquillado de tal modo, incluyendo lentillas de contacto de color verdoso, que nadie habría reconocido en él al *signore* Angelo Tomasini, el conocido multimillonario italiano que hacía años vivía en la isla, en una hermosa villa, sin más compañía que la de su ama de llaves, la simpática y gordísima María. Por último, Número Uno había llegado al hotel Eden Rock a pie, después de dejar su lancha muy cerca de allí.

Había visto en el acto al hombre de la corbata blanca, pero no se acercó a él en seguida. Dedicó casi medio minuto a examinar a los

demás personajes que estaban en el salón. Había dos mujeres y seis hombres, y, tras el examen, el recién llegado personaje de ojos verdosos y cabellos rojos, se acercó al sillón contiguo al que ocupaba el hombre de la corbata blanca, se sentó, y se lo quedó mirando.

A su vez, el hombre de la corbata blanca lo miraba ya con gran atención, muy fijamente, relucientes sus ojos negrísimos y rasgados. Luego, el hombre miró su reloj de pulsera, y volvió a mirar a Uno.

—Perdone —musitó—. ¿Puede decirme qué hora es? Estoy esperando a una persona a las seis, pero mi reloj debe andar mal, pues ya son las seis y diez…

—Son las seis en punto —dijo suavemente Número Uno—. De modo que, en efecto, su reloj anda mal.

—Me lo temía, Muchas gracias.

—Lleva usted una interesante corbata blanca, señor…

Los ojos del asiático relucieron más intensamente.

—¿Es usted el hombre que estoy esperando? —susurró.

—Sí.

—Bien… Hace unas semanas estuve en Roma, buscando al hombre adecuado para un trabajo que tiene que ser realizado a la perfección. Conocí a varios sujetos, hasta que, finalmente, alguien buscó contacto conmigo, y me aseguró que tenía al hombre. Un hombre que jamás falla. Sin embargo, no me dijeron su nombre… ¿Cómo debo llamarlo?

—Clark Coleman.

—Ah… ¿Es inglés?

—Americano.

—Ya. Bien, lo mismo da, siempre que cumpla bien su trabajo. ¿Le han informado de que pagaré quinientos mil dólares?

—Sí.

—Comprenderá que por esa cantidad…

El llamado Clark Coleman le interrumpió con un seco gesto de su bronceada mano.

—Si me comprometo a hacer el trabajo, puede tener la seguridad de que nada ni nadie podrá detenerme. ¿Cuál es ese trabajo?

—Tiene que matar a un hombre.

—Era de esperar. Y no será fácil, por supuesto.

—Por el contrario, será sencillísimo.

Clark Coleman entornó un instante los ojos, antes de murmurar:

—No me parece inteligente pagar medio millón de dólares por un trabajo sencillo. Puede encontrar hombres que hagan ese trabajo por la décima parte de esa cantidad. Y si me apura, incluso encontraría bastantes que lo harían por la centésima parte.

—Yo quiero el mejor. ¿Es usted el mejor?

—Sí.

—De acuerdo… ¿Reside usted en Roma?

—¿Qué importancia tiene eso? —alzó los ojos Coleman.

—No me gustaría que usted residiese aquí, por si surgiesen contratiempos. En este caso, aunque consiguiera escapar, podría ser reconocido, ya que Malta es una isla pequeña, y cabe la posibilidad de que fuese identificado. Quiero decir…

—Le he entendido perfectamente. Y no se preocupe por eso: nada saldrá mal. Pero, aunque así fuese, nadie podría identificarme, después de verme obligado a escapar.

—Hay que tener en cuenta eso. ¿Dispone de medios propios para viajar? …

—He llegado en una lancha muy veloz desde Sicilia… Con ella puedo volver allá en cualquier momento. O, si fuese conveniente, navegaría hacia África. Le voy a rogar que deje todos esos detalles de mi cuenta.

—Muy bien. Su víctima estará…

—Espere un momento. Todavía no he aceptado, así que antes de seguir adelante, debemos concretar eso. Y para concretarlo, debo saber quién va a ser la víctima.

—Yo.

Ni un solo músculo se movió en el rostro de Número Uno. Sólo hubo un lento parpadeo en sus ojos.

—No soy amigo de bromas —susurró.

—No es ninguna broma Tiene que matarme a mí.

—Imagino que debe tratarse de un modo deficiente de expresarse por parte de usted: debe querer decir que tengo que *simular un atentado*.

—No, no. Debe *matarme*, señor Coleman.

—¿Eso quiere decir que voy a cobrar por adelantado?

El hombre de la corbata blanca sacó de un bolsillo interior un

abultado sobre, que tendió a Clark Coleman. Éste lo tomó, lo abrió, y vio que el apretado fajo de billetes de mil dólares USA. Tan apretados, que no se podía dudar de que había quinientos billetes. Cerró el sobre, y se lo guardó a su vez en su bolsillo interior.

—Le aseguro que son auténticos —sonrió desganadamente el hombre de la corbata blanca.

—Así lo espero. No voy a examinarlos aquí, pero lo haré más tarde, y si fuesen falsos, nada de lo que hablemos a continuación habría servido de nada.

—Entiendo. Entonces…, ¿acepta?

—Según entiendo, usted quiere morir. Considerando lo fácil que le sería suicidarse si realmente está dispuesto a morir, no veo motivo alguno para dejar de embolsarme medio millón de dólares.

—Claro. Bien…

El hombre de la corbata blanca vaciló. Clark Coleman le miraba fijamente, sin el menor interés especial en su expresión. Una vez aceptado el trabajo, era cosa del otro si quería morir o quería vivir.

—¿Se está arrepintiendo? —preguntó.

—No. No, no… Estaba pensando que con ese aspecto no va a ser fácil que usted pueda acercarse a mí, porque…

—Ya le he dicho que deje todos los detalles de mi cuenta. Usted sólo dígame dónde y cuándo debo matarle…, y si tiene preferencia por algún modo especial de morir.

El otro se pasó la lengua por los labios.

—Quisiera… una muerte rápida, y, desde luego, no dolorosa. Creo que lo ideal, teniendo en cuenta las circunstancias en que debe asesinarme, será un buen rifle, con mira telescópica… Todo eso. Pero por favor, no me dispare a la cabeza.

—¿Por qué no?

—Quiero ser… plenamente identificado, tanto en el momento de mi muerte como en los días que seguirán. Un disparo que me… desfigurase, no interesa a mis planes.

—Puedo meterle a usted una bala en el corazón disparando desde una distancia de trescientos metros. ¿Será ésa la distancia máxima?

—No creo que se vea obligado a disparar desde más lejos de cien metros.

—En ese caso, considere que recibirá la bala en pleno corazón,

sin fallo posible. Insisto: ¿dónde y cuándo?

—Dentro de dos días, en el Malta Hilton, muy cerca de aquí.

—Conozco Malta muy bien. El Malta Hilton es el mejor hotel de la isla, y está en St. Julian's, en efecto muy cerca de aquí… Pero es un sitio bastante comprometido, muy despejado. No será fácil escapar de allí después de disparar. Quiero decir, escapar sin ser visto.

—Bueno… Eso es cuenta de usted, ¿no?

—Ciertamente. ¿En qué parte del Malta Hilton?

—En uno de los salones que dan al exterior…

—¿En cuál de ellos exactamente?

—Todavía no lo sé, pues está pendiente de la dirección del hotel. Pero seguramente podrá enterarse por los periódicos.

—¿Por los periódicos?

—Sí. Dentro de dos días, a las ocho de la noche, ofrezco una rueda de prensa en el hotel. Justo en ese momento, deberá usted matarme. He calculado que eso sería posible disparando desde el exterior a través de un ventanal.

—Estudiaré esa posibilidad por mí mismo. Mire, le aseguro que no acostumbro a ser curioso; en general, los asuntos ajenos me tienen sin cuidado. Pero usted comprenderá que me sienta profundamente intrigado por este… trabajo. Es insólito.

—Sí, lo comprendo. ¿Usted no sabe quién soy…, no me ha reconocido?

—No. ¿Debía conocerlo?

—Bueno, hace un par de días que estoy en Malta, y en los periódicos que llegan de Italia han aparecido muchas fotografías mías. Si usted ha llegado de Italia, sin duda debió ver algunas.

—He estado muy ocupado. ¿Quién es usted?

—Akrom Anak.

—¿El príncipe Akrom Anak, de Borkawa?

—Sí. Ese pequeño país del Sur de Asia, vecino de la India. Tres millones de habitantes, devorados por el hambre y la miseria.

—Algo he leído al respecto, sí. ¿Y qué hace usted en el hotel más lujoso de Malta?

—Se supone que estoy intentando contactos internacionales que me ayuden a solucionar los problemas más acuciantes de mi país. Uno de esos problemas, aparte del hambre, es el peligro de una

guerra con otro país vecino…, que ha enviado aquí a unos cuantos representantes, para sostener conversaciones en busca de un acuerdo. En realidad, fueron ellos quienes me citaron aquí.

—Las perspectivas no parecen malas.

—Prefiero morir. Es el único modo de hacer algo realmente positivo para mi pueblo.

—Me temo que no entiendo eso.

—Es largo de explicar…, y, por otra parte, no tengo la menor intención de hacerlo, señor Coleman.

—Está bien. Simplemente, me dedico a comprar los periódicos, me entero así de dónde ofrecerá usted la rueda de prensa, y, en ese momento, delante de muchos testigos, lo mato. Con esto se entiende que no debe haber la menor duda sobre su muerte, pues la prensa informará de ella. Y debo meterle la bala en el corazón, para que su rostro no quede desfigurado y pueda ser posteriormente identificado por todo el mundo, por si alguien dudase todavía. Luego, simplemente, desaparezco… ¿O debo hacer algo más?

—Nada más, en absoluto. Desaparece, eso es todo. Pero mientras tanto, si bien usted no debe ponerse en contacto conmigo *por ningún motivo*, yo sí debo saber dónde puedo encontrarlo a usted, por si hubiese algún cambio de planes en algún sentido.

—¿Quiere decir que ya no tuviese que matarlo?

—No, no. Eso es invariable, inapelable. Pero pueden surgir situaciones inesperadas, que me forzasen a darle nuevas instrucciones.

—Claro. Bien, voy a estar alojado en el hotel Sliema. Con el nombre de Clark Coleman, desde luego.

—Lo recordaré. Creo… que eso es todo.

—¿Realmente está usted dispuesto a morir para beneficiar a su pueblo?

—Sí.

—De verdad que no lo entiendo. Y pienso que quizá se podría encontrar otra solución que…

—Le he pagado para que obedezca, señor Coleman, no para escuchar sus sugerencias.

—Tiene razón. Usted es bastante ingenuo, príncipe… ¿No se le ha ocurrido que yo podría marcharme ya, esta misma noche, con el dinero? ¿Para qué complicarme la vida, si ya he cobrado?

—Si usted es el hombre que en Roma me dijeron, no hará eso. Señor Coleman, entiéndalo: yo no busco un asesino vulgar, que ésos los hay a montones. Busco a un hombre que me aseguraron es capaz de empresas mucho más importantes que un simple asesinato bien realizado. Aquel hombre de Roma me dijo: «Si usted va a estar en Malta, vaya allí y espere; yo le enviaré al mejor hombre del mundo para cualquier empresa de esta clase». Y el mejor hombre del mundo, en unas actividades como ésta, señor Coleman, no puede ser un embustero marrullero.

—Me ha derrotado usted. ¿Algo más, príncipe?

—Por mi parte, no. Recuerde que debe leer los periódicos.

Clark Coleman asintió con un gesto, se puso en pie y se dirigió a la puerta del salón. Poco después, salía a la calle. Fue adonde había dejado la lancha, saltó a ella y navegó hasta delante mismo del hotel Sliema, que, por supuesto, conocía perfectamente. Era un edificio de cinco pisos, de color amarillento, con las terrazas blancas, flanqueado por dos casas más bajas.

Dejó la lancha amarrada en el embarcadero, saltó a tierra firme y se plantó ante la entrada del hotel con unos pocos pasos, sosteniendo la gran maleta como si no pesase nada. Entró en el hotel y se dirigió a conserjería, donde mostró su pasaporte norteamericano, tras solicitar y obtener una habitación.

Pocos minutos más tarde de su conversación con el príncipe Akrom, de Borkawa, Clark Coleman quedaba instalado en el hotel Sliema, de acuerdo a lo convenido. Esperó a que saliese el botones, se acercó al ventanal que daba a la terraza de la fachada, y del bolsillo sacó la pequeña radio, que en todo momento había mantenido con el canal abierto.

—¿Lo estás siguiendo? —murmuró.

—Sí —sonó la dulcísima voz—. Ahora voy a cerrar. Luego te llamaré.

Clark Coleman cerró la radio, la guardó y se sentó en un sillón, tras encender un cigarrillo. Permaneció allí, inmóvil, fumando y pensando, hasta que apenas diez minutos más tarde, cuando acababa de encender otro cigarrillo, oyó la llamada.

Bip-bip-bip…

—Dime.

—Se ha marchado de Sliema en una lancha, supongo.

Clark Coleman, es decir, Número Uno, quedó estupefacto.

—¿Qué quiere decir que *supones*?

—Lo perdí de vista.

—Vamos, vamos, Brigitte…

—Entró en una casa, no muy alejada del hotel. Poco después, oí en la parte de atrás el motor de una lancha. Cuando llegué allí, sólo pude ver una lancha que se alejaba, mar adentro. Me pareció que era él. Eso es todo.

—Está bien. Supongo que oíste toda la conversación que sostuvimos él y yo en el Eden Rock.

—Claro.

—¿Qué opinas de este asunto?

—No lo sé. Me imagino que el príncipe Akrom ha emprendido el regreso a La Valletta, para introducirse en sus habitaciones sin que nadie se haya enterado de esta salida suya. Es lógico que haya tomado sus precauciones.

—Yo me refiero a eso de que tengo que matarlo.

—Sí, sí, te entiendo… No sé…

—Tiene que haber algún truco, algo… especial.

—Muy especial tiene que ser si el príncipe Akrom pretende impedir más adelante que Número Uno le mate.

—¿Quieres decir que debo hacerlo?

—No sé, mi amor. Entiendo que tenemos dos días para ponernos al corriente de este extraño asunto. Y en dos días…

—El trabajo es mío, no tuyo —cortó hoscamente Uno.

—¿Hay algo que sea tuyo y que no sea también mío? —se oyó una risa deliciosa.

—Está bien. ¿Cuáles son tus órdenes?

—No seas arisco, mi amor. Tampoco me gusta que seas sarcástico conmigo. ¿Alguna vez te he dado yo órdenes?

—No. Pero siempre hago lo que tú quieres, en definitiva.

—¿Y sabes qué significa eso? Que eres un hombre maravilloso y encantador, tan tierno conmigo, tan delicado, tan… ¡tan generoso! Nunca olvidaré que me has comprado una bicicleta.

En la soledad de su habitación del hotel, el mejor espía de todos los tiempos se permitió una sonrisa.

—Seguramente te dolerán las piernas esta noche… Cuando llegue luego a casa, te daré el masaje que…

—No. No, mi amor. Tienes que quedarte ahí. Yo te diré cuándo podemos volver a vernos en Villa Tartaruga.

—Lo sabía —gruñó Uno—. Sólo un cretino se movilizaría por medio millón de dólares, teniendo todo el oro del mundo en sus manos.

—No eres un cretino, sino un hombre adorable, el único amor de mi vida… Adiós, mi amor… Un beso: mmmuá.

Clark Coleman cerró la radio, la guardó y se quedó mirando el suelo de su habitación. Y como siempre, se sintió terriblemente solo. Como siempre. Solo, frío, vacío… En su mente aparecieron las imágenes de aquella misma mañana, cuando pedaleaba junto a Brigitte, mirándola de reojo de vez en cuando, en vana pretensión de que ella no se diese cuenta. Cada vez que la miraba, veía fijos en él los grandes ojos azules, que parecían llenos de luz, de cielo, de amor. Y veía aquella leve sonrisa tan dulce, exclusiva para él, aquel delicioso guiño en los ojos, que él había interpretado ya: «Estoy aquí, mi amor —decía Brigitte con aquel gesto especial—. Sigo a tu lado, te sigo amando, y siempre te amaré. ¿Me amas tú también?».

—Sí —dijo Clark Coleman, en voz alta, un poco ronca—. Yo también te…

Se dio cuenta de que estaba solo, de nuevo, y su voz se apagó. Para un hombre como él, que no creía en nada ni en nadie, amar de aquel modo era sencillamente angustioso.

Capítulo III

Para el príncipe Akrom Anak, lo que estaba viendo era la maravilla de las maravillas del mundo.

En realidad, era sólo una mujer.

Una mujer de buena estatura, proporciones bellísimas, que llevaba un precioso vestido de mañana de color oro… El mismo color de su piel. Pero, no… No, su piel no tenía ese color de oro, sino que *era* de oro, O lo parecía.

Si el cuerpo era hermoso y espléndido, el rostro era ya como el que podía verse en el más delirante de los sueños de belleza. Era tan hermosa, y tenía los ojos tan grandes y tan azules, que, en definitiva, Akrom Anak se dijo que no debía estar viendo bien, que el sol le estaba jugando una mala pasada.

Quizá estaba tomando demasiado sol. Se hallaba, desde las diez de la mañana, tumbado en una de las extensibles colocadas junto a la piscina del Malta Hilton, en la parte de atrás, muy cerca del mar, que se veía radiantemente azul…, aunque menos azul que aquellos ojos femeninos que, finalmente, se posaron en él.

Y en aquel mismo instante, Akrom Anak se olvidó de todo… Del cielo azul, del agradable clima, del hermoso tono del mar, de los alegres parasoles de colores, de la cuadrada piscina de aguas también azules, del sol… De todo. Y su mente se nubló cuando la hermosísima muchacha, tras divisarlo, comenzó a caminar hacia él. Había llegado hacía unos segundos, se había detenido cerca de la piscina, y había mirado lentamente alrededor, hasta verlo a él. Al comenzar a caminar, sus largos cabellos negros, sueltos, parecieron volar por detrás de ella. Sus pies parecían tocar apenas el suelo, y su cuerpo se movía con una elegancia y una gracia como Akrom Anak no había visto jamás. Jamás.

Akrom Anak se dijo que nunca en toda su vida podría ya olvidar a aquella mujer, que estaba causando el pasmo no sólo en él, sino

en todos los hombres que aquella mañana gozaban del sol y de las tibias aguas de la piscina. Incluso fue notable el silencio mientras la muchacha de los ojos color cielo caminaba hacia el príncipe de Borkawa.

Finalmente, como en sugestivo vuelo, la joven se detuvo delante de Akrom, y sonrió de un modo que hizo perder el ritmo al endurecido corazón del príncipe asiático.

—No parece posible que pueda equivocarme —dijo la muchacha, en inglés, con voz que era una caricia, mientras desdoblaba el periódico que llevaba en una mano y le echaba un rápido vistazo de comparación—. ¿Es usted el príncipe Akrom, de Borkawa?

Akrom Anak captó el movimiento de dos de los cuatro guardias de seguridad que siempre le acompañaban y que se disponían a acercarse rápidamente. Pero ellos también captaron su gesto, y quedaron inmóviles, mirando fijamente a la mujer, mientras el príncipe se ponía en pie. Estaba en traje de baño, mostrando su cuerpo grueso, pero muy musculoso, velludo, de tono aceitunado.

—En efecto —asintió Akrom—. En estos momentos, puedo decir que tengo la fortuna de ser el príncipe Akrom.

—¿En estos momentos? —se sorprendió la muchacha.

—Sí. En otros momentos es amargo ser yo. Pero en éstos, puesto que usted me busca, celebro ser Akrom Anak.

—Oh… ¡Oh! —la muchacha sonrió de un modo radiante—. ¡Le agradezco mucho sus palabras, alteza! Aunque me temo que cuando le diga quién soy, no le resultará tan… agradable.

—Lo dudo mucho —sonrió, a su vez, Akrom—. Pero dígame: ¿quién es usted?

—Me llamo Brigitte Montfort, y soy… una periodista.

—Ya entiendo. —Por un instante, hubo una chispa de rebeldía en los ojos de Akrom—. ¿Francesa?

—No, no; americana. Y en ese idioma me he dirigido a usted, convencida de que lo domina tan bien como yo, alteza. Lo cual estoy comprobando.

—No me parece ningún mérito especial en estos tiempos dominar el idioma inglés. De todos modos, su nombre…

—Es una larga historia, alteza. Pero naturalmente no es mi historia lo que interesa a los lectores de mi periódico.

—Quizá me interese a mí —sonrió de nuevo Akrom.

—¡Lo dudo mucho! —rió la divina—. Si mi historia fuese interesante, ya haría tiempo que habría escrito mi biografía. La de su alteza tiene que ser mucho más interesante, por fuerza.

—¿Desconoce usted mi biografía? —se sorprendió Akrom—. En ese caso, no dudo que podrá localizarla más o menos extractada, en diversos libros de historia contemporánea o documentos que…

—Esa clase de biografía no me interesa a mí, alteza. Tampoco creo que los lectores de mi periódico se sintiesen atraídos por algo que ya deben saber. Yo busco siempre otro aspecto del personaje.

—¿Qué aspecto?

—El estrictamente humano, desde luego.

Akrom Anak estaba consciente de que todos los estaban mirando, pero no fue por eso que invitó:

—¿Quiere sentarse, por favor?

Acercó una de las extensibles, la plegó para darle la forma de silla, y después de hacer lo mismo con la suya, se sentó, al mismo tiempo que lo hacía la periodista norteamericana. Bien a su pesar, Akrom no pudo evitar dirigir una relampagueante mirada a las bellísimas piernas que quedaron al descubierto cuatro dedos por encima de las rodillas; pero la periodista, que estaba demostrando gran cortesía, simuló no darse cuenta de su mirada, y sonrió encantadoramente.

—A decir verdad, temía que no aceptase usted conversar conmigo, alteza. Hasta el punto de que he mentido.

—¿Ha mentido? ¿A quién?

—Oh, a los empleados del hotel. Les he dicho que buscaba a otra persona, pues temía que usted hubiese dado órdenes de que nadie le molestase.

—Y así es, en efecto. Es usted muy decidida, señorita Montfort.

—En mi profesión hay que serlo, o no se llega muy lejos.

—Sí, desde luego. ¿Usted… ha llegado muy lejos?

—Pues, por el momento, hace años que obtuve el Premio Pulitzer de Periodismo, en mi país. No sé si usted tiene noticias de este premio, alteza.

Una expresión perpleja apareció en el rostro de Akrom Anak.

—¿Quién no ha oído hablar de los Premios Pulitzer? Sin embargo, debo confesar que sólo sé que son muy importante y muy

significativos en cuanto a los méritos de las personas que los reciben… ¿No es así? De todos modos, tengo la seguridad de que usted podrá informarme más ampliamente sobre ellos. ¿En qué consisten?

—En cantidades más o menos importantes, según se miren. Dichas cantidades son parte del legado hecho por Joseph Pulitzer, periodista americano, pero nacido en Budapest, en mil ochocientos cuarenta y siete…

—¿Mil ochocientos cuarenta y siete? ¿Tanto tiempo?

—Sí, sí… Llegó a Estados Unidos en mil ochocientos sesenta y cuatro, a tiempo de luchar en la guerra de Secesión. —Una chispa divertida apareció en los ojos de Brigitte Montfort—. ¿Conoce usted esta guerra civil nuestra, alteza?

—Ésa, sí —rió Akrom—. La cuestión de la esclavitud, ¿no es así? El Norte contra el Sur… Dígame más cosas sobre el Premio Pulitzer.

—Bien. Después de la guerra, Joseph Pulitzer se dedicó al periodismo y obtuvo el título de abogado. Llegó a ser tan importante que accedió al Congreso de Estados Unidos. En mil novecientos tres fundó la Escuela de Periodismo, en la Universidad de Nueva York. Falleció en mil novecientos once. Y en mil novecientos diecisiete, la Universidad de Columbia, de Nueva York, fundó los Premios Pulitzer, que son concedidos por fideicomisarios de dicha universidad, a propuesta de los directores de periódicos que forman el consejo asesor. Los premios pueden ser para obras de música, poesía, novela, historia, biografía, car…

—Y periodismo.

—Oh, sí.

—Debo entender, por tanto, que es usted una persona importante en el periodismo mundial.

—Sí.

—Asombroso… ¿Está casada?

—No —sonrió la divina.

—Vaya… Es una buena noticia —sonrió también Akrom.

—¿Por qué? —pareció sorprenderse Brigitte.

Akrom Anak movió la cabeza, sin dejar de sonreír, y propuso:

—¿Tomaría un aperitivo conmigo?

—Con muchísimo gusto, alteza.

Akrom hizo una seña, y uno de sus guardias de seguridad se

acercó rápidamente. Escuchó las instrucciones en su idioma, asintió y se alejó. Akrom volvió a mirar, muy amablemente, a la periodista americana.

—Discúlpeme por haber hablado con Kamir en mi idioma, pero todavía está aprendiendo el inglés, y no me ha parecido momento para practicarlo… ¿Está usted alojada en el hotel? Ah, no… Si estuviese en el Malta Hilton no habría tenido que mentir a nadie, ¿verdad?

—Supongo que le estoy molestando —murmuró ella.

—¡Por supuesto que no! —aseguró Akrom, con tono sincero—. Lo que ocurre es que mañana por la noche tengo ofrecida una rueda de prensa y tenía la esperanza de que hasta entonces no me visitasen los periodistas. ¿No piensa asistir a esa rueda de prensa?

—Claro que sí, alteza. Pero ya le he dicho que mi intención al venir aquí ahora, sin cita previa, obedece al deseo de conseguir un reportaje de índole estrictamente humana sobre su alteza.

—Sí, es verdad, lo ha dicho… Pero, francamente… —Akrom parecía ahora un poco desconcertado—, no sé qué clase de información puedo facilitarle al respecto.

—Si me lo permite, yo puedo ir haciendo algunas preguntas.

—Espléndida idea. Puede empezar cuando guste.

—No quisiera… Bueno, me parece que he sido demasiado… atrevida, así que…

—No, no, por favor… Le aseguro que me encuentro muy a gusto en su compañía, hasta el punto de que… ¿Aceptaría almorzar conmigo?

—¡Oh!

—¿Eso quiere decir que sí o que no?

—Pues… estaría… estaría encantada, alteza, pero…

—Cuando nos traigan los aperitivos, ordenaré que dispongan un servicio más en mi mesa. Veamos: ¿qué preguntas piensa hacerme? La primera es…

—Bueno, no sé… Creo que estoy un poco… impresionada por la amabilidad de su alteza. Había temido que…

—Ya ve que no hay nada que temer. ¿Primera pregunta?

—No sé… Bueno, quisiera saber qué piensa su alteza sobre… sobre la vida, por ejemplo.

—¿La vida? —se pasmó Akron.

—Sí. Como… como persona física, simplemente, como particular… A mi modo de ver, el simple hecho de vivir es maravilloso, pero puede haber puntos de vista más interesantes que los míos, Quiero decir…

—Por favor, señorita Montfort —no salía de su asombro el príncipe—. ¡A mí también me parece maravillosa la vida, simplemente! No hay absolutamente nada que pueda valer más, eso es evidente. Si no tenemos vida, ¿qué otra cosa podríamos tener? Sin tener vida, no se puede tener nada.

—Debo interpretar que su alteza… ama la vida en sí, con toda sencillez.

—¡Naturalmente! ¿Cómo sería posible no amar la vida? Sólo un loco dejaría de amarla, en cualquiera de sus aspectos… La vida puede ser maravillosa, amable, confortable…, y en ese caso, sería absurdo no amarla. Pero incluso cuando resulta dura y difícil, la vida sigue siendo maravillosa… ¿Conoce usted las actuales condiciones políticas y sociales de mi país?

—Espero conocerlas mejor mañana por la noche, alteza.

—Ah, sí, en la rueda de prensa. Bueno, yo puedo adelantarle ahora que son muy malas. Estamos en una dificilísima situación, bajo muchos aspectos: hambre, pobreza general, peligro de una guerra con nuestros vecinos… Yo calificaría la situación de triste y catastrófica. Sin embargo, ¿la vida? Bien, eso es lo último que una persona puede permitirse el lujo de perder, ¿no le parece?

—Sí… Por supuesto. Bueno, entiendo perfectamente que su alteza está dispuesto… a luchar con todas sus fuerzas durante el tiempo que sea necesario para remediar la situación de su país…

—¡Caramba! —exclamó Akrom, cada vez más asombrado—. ¿Qué otra cosa debo o puedo hacer? ¡Luchar por mi país, sea como fuere, aunque en eso invierta todos los años de vida que me queden! Me parece que no estoy entendiendo muy bien su pregunta, señorita Montfort.

—Oh, sí, sí… Aunque quizá nos hemos desviado un poco de la respuesta que yo esperaba. Pero la torpe he sido yo, alteza. Vamos a ver si encuentro una pregunta mejor expuesta: trato de saber cómo vive la vida su alteza cuando no está representando a su país, o sea…

—¡Entiendo! —rió Akrom—. Y ciertamente, eso merecerá otra

respuesta… aunque muy parecida a la anterior. Tanto en lo personal como en lo representativo de mi país, la vida me parece maravillosa. Pero, claro está, no vive igual el hombre que el príncipe de Borkawa.

—¡Esa es la pregunta que yo quería hacer!

—Celebro haberla interpretado… —volvió a reír Akrom—. Y le iré dando cumplidas respuestas mientras tomamos el aperitivo ahora. —Señaló hacia el camarero que se acercaba con una bandeja —. Y mientras almorzamos, después…

—Mi presencia quizá moleste a otras personas, alteza.

—¿Por ejemplo? —alzó las cejas Akrom.

—Pues no sé… A su esposa o…

—Mi esposa está en Borkawa —chispearon los negrísimos ojos del asiático—. En estos momentos, me alegro de que así sea, pero… quizá debí traerla conmigo.

—Quien ama, siempre nota la ausencia del ser amado —sonrió Brigitte.

—Sí. Pero no es eso… solamente. No estoy tranquilo. Mi hermano podría intentar…

—¿El hermano de su alteza? —se pasmó ahora Brigitte—. ¿Qué hermano?

—Evidentemente —susurró Akrom—, usted no sabe gran cosa de mi país, señorita Montfort.

—Le prometo interesarme a fondo por su país, a partir de este mismo momento. Ahora debo admitir que no sabía que tuviera usted un hermano. ¿Está él también en Malta?

—No… Nadie sabe dónde está. Y eso es lo malo.

—Perdone, alteza, pero no comprendo…

Una expresión de profunda tristeza apareció por un instante en los ojos de Akrom Anak. Pero, de pronto, con visible esfuerzo, sonrió lo más jovialmente que pudo.

—Es usted una joven bellísima, señorita Montfort. Y encantadora. ¿En qué hotel está alojada?

—En ningún hotel. Estoy instalada en la villa de un buen amigo que actualmente se encuentra en Roma, atendiendo sus muchos negocios.

—¿Cuál es la dirección de esa villa?

Brigitte parpadeó.

—¿Por qué desea saberlo, alteza?

—Me gustaría enviarle flores a usted como… agradecimiento por esta charla. No he encontrado muchas personas que se interesen por Akrom Anak, el hombre.

La espía más peligrosa del mundo tuvo que sonreír dulcemente.

—Puede enviarme las flores a Villa Tartaruga. Todo el mundo en Malta sabe dónde está esa villa, y conoce al propietario, mi amigo Angelo Tomasini. ¿Me permite decirle a su alteza que a mi vez lo considero un hombre… encantador?

Akrom Anak se echó a reír, en magnífico esfuerzo con ocultar la tristeza que había en sus ojos.

—Me gustaría que usted conociese a mi esposa, señorita Montfort. Es muy bella, se entiende que para los ojos de gente de mi raza. Es muy bella, sumisa, dulce, complaciente…, pero a veces echo de menos una conversación íntimamente personal entre ambos. No sé si usted me entiende.

—Me parece que sí. Quizá en alguna ocasión pueda visitar su país y darle a su esposa unas cuantas lecciones sobre conversación. Pero no gratis, alteza.

—Oh… Vaya… Bueno, supongo que…

—Quiero decir que, a cambio de esas lecciones de conversación, ella debería darme lecciones sobre el modo en que una mujer americana puede ser sumisa, dulce, complaciente…

Esta vez, la carcajada de Akrom Anak fue mucho más espontánea y sincera. Sus ojos relucían contemplando a la periodista americana que estaba llevando magistralmente la conversación hacia el terreno personal.

—¡Es usted sensacional, señorita Montfort! Quisiera… Ahí llega el aperitivo. Y, además, vamos a tener visita.

Ante todo, Brigitte captó el fugaz gesto de preocupación en el rostro de Akrom. Luego, volvió la cabeza y vio acercarse a un camarero con una bandeja… Tras él, se aproximaban tres hombres, mirando a Akrom Anak y sonriendo muy… a estilo diplomático. Los tres eran asiáticos también y vestían muy correctamente a la europea.

Akrom se puso en pie, mostrando igualmente una cordial sonrisa no menos diplomática. Estrechó la manó a los tres, cambiaron unas palabras en su idioma, y luego, Akrom miró a Brigitte.

—La señorita Montfort —presentó—. Una encantadora periodista americana que durante unos minutos me ha hecho olvidar todas mis preocupaciones. Señorita Montfort, le presento a los señores Ankiram, Savanapara y Asavinta… Representan a Burkiam, el país vecino de Borkawa. Imagino que sí sabe usted que están aquí para limar asperezas entre ambos países, en un ambiente tan grato como éste.

Brigitte sonrió a los tres hombres, que tomaron su manita, y se fueron inclinando sobre ella, en gesto de besarla. O quizá como queriendo depositar sus sonrisas en tan delicada mano.

—Por un momento —dijo Savanapara— temí que el príncipe Akrom la tuviese a su lado como colaboradora en las cuestiones que debemos tratar… Lo cual, ciertamente, habría sido una traición por su parte. O cuando menos, lo que ustedes llaman un golpe bajo, señorita Montfort.

—¿Por qué dice eso? —se sorprendió Brigitte.

—Porque si el príncipe Akrom la tuviese a usted como colaboradora, conseguiría de nosotros todo lo que quisiera: sólo tendría que ordenarle a usted que nos mirase a los ojos para hechizarnos.

La salida de Savanapara fue acogida con una sonrisa general, subrayada por la deliciosa carcajada de la señorita Montfort. El camarero sirvió los *martinis*, recibió el encargo de traer tres más, y la conversación prosiguió, animada, cordial, incluso simpática…

Poco más tarde, cuando la reunión parecía la que pudiesen estar sosteniendo viejos amigos en días de vacaciones, uno de los guardias de Akrom Anak informó a éste de que tenían preparada su mesa para el almuerzo. Naturalmente, Akrom Anak invitó a los representantes de Burkiam a compartir su mesa, pero los diplomáticos rechazaron cortésmente la invitación, comprendiendo a la perfección que Akrom Anak preferiría estar a solas con la bellísima y maravillosa norteamericana.

—Considero —dijo Ankiram, que era el diplomático de más edad— que nuestros contactos deben limitarse por el momento, príncipe. Nuestras instrucciones, bien conocidas por usted, son esperar su rueda de prensa, que proclamará mundialmente sus intenciones políticas para el futuro. Partiendo de esas declaraciones, nosotros podremos adoptar ya una postura definitiva.

—Me parece muy acertado. Muchas gracias por todo, caballeros.

Akrom Anak se puso el albornoz, y se quedó mirando, consternado, a Brigitte.

—Parece que soy un poco distraído. De ninguna manera puedo presentarme así en el comedor, de modo que deberá esperarme allá unos minutos, señorita Montfort, mientras me visto.

—Yo ya había pensado en ello —sonrió la divina—. ¿Le importaría a su alteza que aprovechase esos minutos para conversar con sus vecinos?

—Por supuesto que no.

—Naturalmente. —Brigitte miró a los tres de Burkiam—. Les aseguro que no soy una espía pagada por su alteza.

—¡Por favor, señorita Montfort! —rió Savanapara.

—Es que todo esto parece preparado… Como en la película de espionaje: un país contrata a una bella espía para que sonsaque los secretos políticos y militares de tres apuestos caballeros, que están encantados con tan hermosa mujer. Caramba —sonrió tan deliciosamente que los corazones masculinos casi se detuvieron—. ¿Quieren creer que me gustaría ser una espía así de terrible?

De nuevo la carcajada fue general. Akrom Anak se retiró para vestirse adecuadamente. Asavinta, que parecía un hombre muy concentrado, y que desde luego era muy callado, terminó la risa en sonrisa, mirando fijamente a Brigitte.

—De todos modos, su idea no es descabellada, señorita Montfort.

—¿Quiere decir —los bellísimos ojos se desorbitaron— que teme que yo sea una espía del príncipe Akrom?

—¿No lo es?

—¡Por el amor de Dios! Vamos, vamos, señor Asavinta…

—¿Hace mucho que conoce a Akrom Anak? —preguntó Ankiram.

—Aproximadamente, media hora. Conseguí acercarme a él con el exclusivo propósito de hacerle una entrevista personal. Parece que le resulté simpática y accedió a ello. Aunque no hemos conversado demasiado sobre eso.

—Seguramente podrán hacerlo durante el almuerzo.

—Sí, por supuesto. Pero hay algo… hay algo que me temo no podré conseguir: información del príncipe sobre su hermano. El

príncipe lo mencionó ocasionalmente, y al preguntarle yo por su hermano, desvió la conversación.

—Nos parece muy lógico.

—Señor Ankiram…, ¿no me permitiría usted hacer de espía unos minutos? Pero no en beneficio del príncipe Akrom, sino de mí misma. Me gustaría hacerles a ustedes unas preguntas… Claro está que, si sus respuestas no pudieran ser publicadas, les garantizo que respetaría esa condición.

—¿Pretende hacernos preguntas sobre el hermano de Akrom?

—Me he pasado de la raya, ¿verdad? —se consternó Brigitte.

—En modo alguno. Seguramente, es usted una de las pocas personas que no sabe nada sobre Murik Anak, el hermano de Akrom. Lo que nosotros podamos decirle podría usted saberlo de todos modos sin la menor dificultad. ¿Qué quiere saber exactamente?

—Me pareció observar una expresión de tristeza en los ojos del príncipe cuando mencionó a su hermano. ¿Por qué?

—Tiene sus buenos motivos. En realidad, Murik Anak es el causante de la mayor parte de las desgracias que actualmente se abaten sobre Borkawa. Hace ya tiempo que se ha mostrado en franca oposición a Akrom, organizando incluso pequeñas revueltas, con el ánimo de ocupar su lugar. Todo ello, como es lógico, ha ocasionado muchas víctimas en Borkawa, y muchos sinsabores. El país, ya muy pobre, se ha visto conducido a la total miseria: los hombres se dedicaban a las guerrillas, al pillaje… A todo, menos a trabajar. Es una situación caótica la de Borkawa, créame. Actualmente, tenemos que Murik Anak esté reagrupando a todos esos guerrilleros para trasladar su… campo de operaciones a nuestro país, a Burkiam…

—Y ustedes no están dispuestos a permitirlo.

—Por supuesto que no —masculló Asavinta—. Nosotros no tenemos culpa alguna de lo que ocurra en Borkawa, y ciertamente, no pensamos convertirnos en víctimas del pillaje y los asesinatos de Murik Anak. De modo que nuestra postura, que Akrom conoce perfectamente, es la siguiente: o termina él con su hermano y sus guerrillas, o lo hacemos nosotros…, aunque para ello tengamos que invadir Borkawa con nuestro ejército.

—¡Pero ustedes no tienen derecho a invadir Borkawa!

—No. Pero lo haremos si se trata de impedir que Murik Anak cruce la frontera con sus guerrilleros. De ninguna manera estamos dispuestos a permitir que nuestros compatriotas sufran mal alguno a manos de Murik Anak, así que antes de que él cruce la frontera, estamos decididos a hacerlo nosotros y darle caza en su propio país. Si eso significa una guerra contra Borkawa, pues… haremos la guerra.

—¿Contra un país diezmado y hundido en la miseria?

—Nuestra intención es evitar que suceda lo mismo en Burkiam precisamente.

—Ya entiendo. Por supuesto, el príncipe Akrom conoce estas intenciones de ustedes.

—De otro modo —sonrió Savanapara—, no se las comunicaríamos a usted, señorita Montfort.

—Claro está que Akrom lo sabe —apoyó Ankiram—. Y de eso precisamente tenemos que hablar cuando termine la rueda de prensa que él tiene convocada para mañana a las ocho de la noche, en el Salón Blanco del hotel. Vamos a esperar a saber qué soluciones ha buscado él al problema, y, sobre esas soluciones, conversaremos pasado mañana.

—Entiendo. Bueno… Comprendo perfectamente que el príncipe esté preocupado.

—Pues aún no lo sabe usted todo —dijo Savanapara—. Murik Anak se apoderó del tesoro de Borkawa, asaltando con sus guerrilleros el Templo de Borkawa Pnum, en la capital del país.

—¿Qué tesoro?

—Objetos de culto religioso, en oro, piedras preciosas, perlas… Ya sabe. Akrom Anak estaba intentando convencer a sus ministros para convertir todo eso en dinero, con el cual, indudablemente, el país saldría a flote en todos los aspectos, ya que incluso podrían contratar mercenarios que cazasen a Murik Anak. Pero ya conoce usted a las gentes de nuestros pueblos, su… fanatismo religioso. La protesta fue nacional, cuando el pueblo se enteró de las intenciones de Akrom… No entienden nada: sólo que Akrom pretendía vender nada menos que el tesoro religioso del Templo de Borkawa Pnum.

—Pero… ese tesoro consiste solamente en piedras y metal. ¡El príncipe podría convertirlo en algo mucho mejor! Tractores, escuelas, industrias… Podrían adquirir alimentos en el exterior y…

—Nosotros sabemos eso perfectamente. Pero los pueblos asiáticos no quieren entenderlo. ¿Qué pasa en la India, por ejemplo? Miles de vacas «sagradas» devoran todo lo que quieren, mientras el pueblo pasa hambre. La solución es sencilla, todo el mundo la conoce: matad vacas según vuestras necesidades, y no sólo comeréis las vacas, sino lo que ellas dejarían de consumir en los campos. Pero es imposible…, por el momento.

—Sí, comprendo. Entonces, ¿qué pretende, en definitiva, Murik Anak?

—Para nosotros, sus actuales intenciones son bien claras, y creemos que Akrom las ha comprendido también, por supuesto: Murik Anak se hizo con el tesoro del Templo de Borkawa Pnum, y lo tiene escondido. Con él puede regresar victorioso al palacio, ya que sería acogido fervorosamente por el pueblo, que vería en él la generosidad y el respeto a todas sus creencias…, mientras que Akrom Anak sería siempre el hombre que quiso vender el tesoro. Murik Anak sólo tendría que decir que lo había robado para protegerlo, para impedir que su hermano gemelo lo vendiese y…

—¿Gemelo? —respingó Brigitte.

—Sí. Naturalmente, si Murik Anak…

—Espere, por favor… ¿Quiere decir que Akrom Anak y Murik Anak son… iguales?

—Prácticamente idénticos, desde luego. De lo cual se ha aprovechado, no pocas veces, Murik Anak. Parece imposible que dos hombres nacidos de la misma madre puedan ser tan iguales en lo físico y tan diferentes en lo espiritual y mental. Akrom Anak, ya lo ha conocido usted, es un hombre bondadoso, inteligente, razonable… Murik Anak, su hermano, es también inteligente, qué duda cabe, pero… un asesino. No vaciló ni siquiera cuando en sus revueltas sabía que podía morir su hermano Akrom.

—Usted quiere decir —susurró Brigitte— que Murik Anak sería capaz de asesinar a su propio hermano…

—Desde luego que lo haría, si pudiese. Eso sería ya el colmo de sus logros: matar a Akrom, y ya nada le impediría regresar a palacio, devolviendo el tesoro para ganarse el favor del pueblo y… reinar en Borkawa.

—¿Y dónde está ahora Murik Anak?

—Cualquiera sabe… Quizá en estos momentos esté llevando a

cabo alguna de sus atrocidades en Borkawa.

—¿Como por ejemplo… asaltar el palacio y asesinar a la esposa de Akrom Anak?

—Podría hacer eso y veinte mil cosas más. Es un hombre peligroso e imprevisible… ¿No sabía usted nada de esto?

—No.

—Pues hace casi dos semanas que los periódicos de todo el mundo publican noticias al respecto. Akrom se ha pasado mucho tiempo intentando que todo eso no trascendiese al exterior, pero finalmente tuvo que afrontar públicamente la realidad. ¿De verdad es usted periodista? —sonrió Ankiram.

—De verdad. Pero llevo más de dos semanas en Malta y no me he ocupado de nada, excepto de descansar. Y parece ser —hubo un lento parpadeo en los bellos ojos azules— que no puedo permitirme ese lujo.

—Un periodista debe estar siempre en activo —sonrió Savanapara.

—Sí… Sí, un periodista debe estar siempre atento… Oh, están pasando los minutos y no quisiera hacer esperar al príncipe. ¿Me disculpan ustedes?

—No faltaba más —se pusieron en pie los tres.

—Ha sido un placer conocerlos. —Brigitte les fue tendiendo la mano, sonriente—. Espero que nos volveremos a ver.

—Si usted sigue junto a Akrom, desde luego. Y para nosotros será un placer.

—¿Aunque sea una espía? —rió ella.

—A una mujer como usted —relucieron los ojos de Savanapara — se le puede perdonar incluso eso.

—Bueno —sonrió luminosamente la divina—, en ese caso, no se quejen si al final resulta que sí soy una espía.

Capítulo IV

Ya con el motor parado, la lancha llegó con el último impulso hasta la arena, quedando varada allí. El hombre, una simple forma en la oscuridad de la noche, saltó a la playa y recibió en sus brazos a la mujer… No hacía falta luz alguna para que sus labios se encontrasen. Durante más de un minuto, permanecieron inmóviles, besándose.

Por fin, ella suspiró y musitó:

—Ni siquiera hace treinta horas que nos separamos y me parece que hace años que no te he visto… No comprendo cómo puedo permanecer lejos de ti en otras ocasiones durante días y días…

—Yo tampoco lo comprendo —musitó él.

—Pero ¿ves lo que pasa, mi amor? Me dedico a descansar unos días en tus brazos, sin querer saber nada del sucio mundo… y en cuanto me descuido, surge un asunto como éste de Borkawa.

—Seguramente se solucionaría sin ti.

—Oh, sí… ¡Pero de manera bien diferente!

—De manera diferente… ¿Qué quieres decir?

—Mi amor, vamos a intervenir… Arreglaremos esto, los dos, tú y yo.

—No necesito a nadie para matar a un hombre. Sobre todo, si él mismo lo desea.

—Por radio no he querido hablarte de esto. Es demasiado largo y tenemos que cambiar impresiones… Sentémonos.

Se sentaron en la arena. Era el mismo lugar que dos mañanas antes habían elegido para tomar un baño después del delicioso paseo en bicicleta. En la oscuridad, apenas podían verse el uno al otro, de modo que todavía era más improbable que pudiese verlos alguien desde el camino que llevaba a la playa. Y menos aún desde la carretera… Soplaba una ligera brisa marina, que hacía oscilar los largos cabellos de Brigitte, descubriendo su cuello. Número Uno los

besó, deslizando su mano por los senos de Brigitte, que suspiró y se tendió completamente en la arena…

Quince minutos más tarde, la agente Baby volvió a suspirar, y dijo:

—Mi amor, ¿qué podría yo hacer si alguna vez dejases de amarme?

Número Uno la besó de nuevo en la garganta y en los labios, que, pese al fresco de la noche, estaban tibios, tiernos, dulces…

—Amor mío —dijo a su vez—. ¿Qué sería de mí si alguna vez dejase de amarte a ti? ¿Cuál sería el sentido, el objeto de mi vida?

—Eso debe querer decir —rió ella, besándole en la barbilla— que nunca dejarás de amarme.

Número Uno se apoyó sobre un codo, pero todavía su pecho en contacto con el de ella, y deslizó un dedo por la dulce línea de los labios de Brigitte.

—Oficialmente, he salido a cenar, así que no puedo entretenerme demasiado por si me llama Akrom Anak al hotel, donde he dejado el recado de que volveré antes de las diez. Nuestro tiempo de amor se está terminando por hoy. ¿Qué tienes que decirme?

—Me estás haciendo cosquillas en los labios.

Número Uno los besó, una vez más. Y como cada vez, sintió el calor del amor de ella, aquel aliento maravilloso que siempre, siempre, le inundaba. Podrían besarse un millón de veces y nunca era un simple beso por parte de Brigitte. Número Uno siempre recibía una respuesta completa… Más o menos prolongada, pero siempre respuesta. Ella no se limitaba nunca a ofrecerle los labios tan sólo, sino que ofrecía todo lo que él podía esperar de ella. Siempre, siempre, siempre…

—Así no me haces cosquillas —susurró ella—. Pero cada vez que me besas…

—Se está haciendo tarde para mí.

—Eres el hombre más antipático del mundo. Esta mañana tomé el aperitivo y almorcé con Akrom Anak.

—Me temía algo, pero no tanto. Algún día, como respuesta a tu descarada audacia, recibirás un serio disgusto… ¿Qué le has sonsacado a Akrom Anak?

—Él no quiere que lo mates, mi amor.

—Ah.

—Tiene un hermano gemelo. Pero será mejor que empiece por el principio…

En menos de cinco minutos, con una meticulosidad y claridad que ciertamente no sorprendió a Número Uno, Baby le puso al corriente de su contacto de aquella mañana con Akrom Anak y los diplomáticos de Burkiam. Cuando terminó. Número Uno permaneció en silencio unos segundos, antes de musitar:

—Según parece, piensas que quien me citó no es Akrom Anak, sino su hermano gemelo, Murik Anak, que al decir que quería que lo matase a él, estaba condenando a muerte a su hermano Akrom.

—¿Qué otra cosa, mi amor?

—Supongo que tienes razón —asintió Uno—. Es una jugada muy inteligente, ¿no te parece?

—Sí, lo es —admitió Brigitte—. Pero tú y yo vamos a darle un serio disgusto a Murik Anak, el hermano gemelo malo. Muy malo…

—¿Malo? Utilizas un lenguaje infantil, mi amor: ese tipo es un puerco.

—Y, además, fíjate bien, mi vida… ¡Ha pretendido burlarse de Número Uno!

—¿En qué casa entró cuando le seguiste ayer por la tarde después de su conversación conmigo en el Edén Rock?

—Ah, no —exclamó Brigitte—. Tú tienes que volver al hotel por si te llama por teléfono.

—¿Cómo va a poder llamarme por teléfono si voy a romperle el cuello ahora mismo? Dime en qué casa…

—No. Por favor, mi amor, no. Deja eso de mi cuenta. Tú vuelve al hotel y espera. Simplemente, espera. ¿No recuerdas el tesoro del Templo de Borkawa Pnum? Murik Anak lo tiene, y yo quiero saber dónde… ¿Sabes cuánto me dijo Akrom Anak que vale intrínsecamente ese tesoro religioso? Nada menos que unos ochenta millones de dólares. Y yo quiero recuperarlo.

—Naturalmente, para devolvérselo a Akrom Anak.

—Naturalmente. Él le dará mucho mejor destino que su hermano gemelo.

—Si vas a tener una entrevista con Murik Anak, sería mejor que no fueses sola. ¿Llevas algún arma?

—No, ninguna.

—En la villa tengo…

—Sé muy bien todo lo que tienes en tu villa, y dónde lo tienes. ¿Cuándo aprenderás a no preocuparte por mí?

—El mismo día en que aprendas tú a no preocuparte por mí.

—Me parece que los dos somos muy tontos. Adiós, mi amor… No te muevas del hotel.

El último beso. Número Uno se puso en pie., fue hacia la lancha y saltó a la pequeña cubierta, sin haberse mojado ni con una sola gota. Segundos después, se alejaba de allí. Brigitte estuvo tendida en la arena hasta que dejó de ver la forma de la lancha. Luego, fue adonde había dejado la bicicleta y, sonriendo, emprendió la subida del suave desnivel, sosteniéndola por el manillar. Al llegar arriba, subió al sillín y comenzó a pedalear.

Pocos minutos después, a pie, tras haber dejado la bicicleta algo alejada, estaba contemplando la casa en la cual había visto entrar la tarde anterior al hombre que había citado a Número Uno… El hombre de la corbata blanca.

«Pero que muy listo —pensó—. Muy listo, señor Murik Anak. Y como siempre, Uno tiene razón: eres un puerco».

La casa tenía delante un gran portal cubierto, que se unía a otros de la misma calle, formando arcadas pintadas de blanco u ocre. En cuanto a la puerta, era de una solidez aparente tan considerable, que, sin disponer ni siquiera de una ganzúa, Brigitte comprendió que no podría abrirla. Pero… ¿y la parte de atrás? Si el hombre de la corbata blanca había salido por allí la noche anterior, era obvio que debía haber otra salida… Llegó a la cercana esquina, como la noche anterior, y pasó al callejón con embarcadero de la parte de atrás. Había varias lanchas, pero no podía saber cuál era la del hombre de la corbata blanca, ni saber, por tanto, si él estaba o no estaba en la casa.

Eso, sin contar con que, muy posiblemente, no estaba solo en Malta, de tal modo que, aunque Murik no estuviese en la casa, podía haber algún cómplice suyo.

Así las cosas, la espía internacional no tuvo más remedio que tomar la decisión más lógica, y que era, al mismo tiempo, la que menos le gustaba de su trabajo: esperar. Esto es, por lo general, perder el tiempo. Sin embargo, como podía ser la espía más paciente del mundo, cuando era necesario, se dispuso a esperar.

Casi una hora más tarde, obtuvo el fruto de su paciencia.

Un yate llegó, se detuvo a unos doscientos metros del embarcadero, y muy poco después, una pequeña lancha era botada por babor, dirigiéndose inmediatamente hacia el embarcadero. A falta de mejor cosa que hacer, Brigitte se dedicó a mirarla, sin gran curiosidad. Pero su curiosidad se despertó, y muy vivamente, cuando los tres hombres que saltaron de la lancha al embarcadero se dirigieron hacia la casa donde la noche anterior había entrado el hombre de la corbata blanca.

Llamaron a la puerta de atrás, que se abrió al instante, y los tres hombres desaparecieron en el interior. La puerta se cerró y eso fue todo.

Brigitte dirigió su mirada hacia el yate, del cual sólo distinguía su forma blanca. Desde aquella distancia, y en la oscuridad, solamente podía ver sus luces de posición reglamentarias.

—Lo mejor es seguir esperando —decidió—. Murik Anak tiene que aparecer por alguna parte, en un momento u otro.

De nuevo recurrió a su paciencia. Y casi otra hora más tarde, la puerta de la casa se abrió y salieron los tres hombres que habían desembarcado del yate. Con ellos, otros dos hombres. Y los cinco se dirigieron al embarcadero. Estuvieron hablando allí unos segundos.

Después, uno de los del yate regresó a éste con la lancha, mientras los otros dos quedaban en tierra firme. Uno de los que habían salido de la casa se alejó por el embarcadero y saltó a una lancha… Se oyó el zumbido del motor al ser puesto en marcha y el hombre condujo la lancha hasta delante mismo de la casa.

Brigitte miró su relojito de platino y brillantes y vio la hora en la pequeña esfera luminosa: las once y veinte minutos de la noche. Miró luego a todos lados, pero aparte de aquellos hombres y de ella misma, que por supuesto se mantenía oculta en las sombras de un estrecho portal, no había nadie más.

El que había ido con la lancha al yate, regresó, con más hombres. En total, saltaron cuatro a tierra. Es decir, que se habían reunido ocho hombres en el pequeño embarcadero. ¿Para qué?

No iba a tardar mucho en saberlo. Los ocho fueron hacia la casa, entraron, dejaron la puerta abierta, pero sin encender ninguna luz y comenzaron a salir poco después, por parejas. Cuatro parejas, cada una de las cuales llevaba un fardo no muy grande, pero que parecía

pesar considerablemente. Colocaron los fardos en la lancha del yate, y regresaron a la casa, todos. Volvieron a salir, cargados con cuatro fardos más, que depositaron esta vez en la lancha del hombre de la corbata blanca. Dos de los ocho hombres se encargaron de conducir las lanchas hacia el yate, mientras los otros seis volvían a la casa.

La agente Baby ya no vaciló más. Se quitó la ropa, quedando en sujetadores y pantaloncitos, y en cuanto los seis hombres estuvieron dentro de la casa, corrió hacia el embarcadero, y se descolgó ágilmente hasta el agua, sumergiéndose en silencio. El agua estaba más fría de lo que había esperado, pero hizo caso omiso. Comenzó a nadar a braza hacia el yate, moviendo apenas el agua, sin ocasionar un solo chapoteo.

Tardó unos tres minutos en llegar cerca del costado de babor del yate. Lo bastante cerca para ver, asomados a la borda, a otros dos hombres. Al resplandor de las luces de posición del yate, pudo ver las cuerdas que pendían de las manos de cada hombre. Y a dichas cuerdas, los dos que estaban en las lanchas procedían a atar cada uno un fardo de los que habían sacado de la casa.

Con el agua hasta la boca, Brigitte permaneció prácticamente inmóvil, observando la operación. Estaba lo bastante cerca de aquellos hombres para que cualquiera de ellos pudiese verla, si se le ocurría dedicar unos segundos a examinar el agua. Pero, evidentemente, no se les ocurría hacer semejante cosa. Ni por lo más remoto debían pensar que muy cerca de ellos, en el agua, había alguien observándoles.

Se oyó una voz, y los hombres que estaban en el yate comenzaron a tirar de las cuerdas, izando los fardos. Al instante, Brigitte oyó una fea maldición, en inglés, seguida de un comentario malhumorado.

—Esto pesa como plomo, maldita sea.

—Cierra la boca, y trabaja —le contestó el otro.

Los dos primeros fardos fueron depositados a bordo del yate. Luego, fueron izados dos fardos más… Y Brigitte, que comenzaba a sentir cómo el frío iba penetrando hasta sus huesos, decidió salir del agua. Emprendió el regreso hacia el embarcadero, no sin haber visto antes el nombre del yate: *Tunecia*.

Apenas había llegado al embarcadero, bastante alejada de la casa del hombre de la corbata blanca, cuando de aquélla vio salir a

los otros seis hombres, transportando tres fardos más, que dejaron en el embarcadero, para volver hacia la casa.

Estremecida de frío, salió del agua en cuanto los seis hombres desaparecieron una vez más. Corrió hacia donde había dejado sus ropas y se las puso. Muy pronto se fueron empapando, lógicamente, y el frío se fue adhiriendo a la dorada piel de la divina espía. Podía llamar por la radio a Número Uno, pedirle que le trajese alguna ropa seca y encargarse entre los dos de aquellos diez hombres. Podían hacerlo, sin la menor duda, de un modo u otro.

Pero permaneció allí, cada vez más aterida de frío, durante casi una hora más…, que fue el tiempo que tardaron aquellos hombres en hacer los viajes necesarios para trasladar al yate un total de veintiocho fardos.

Y finalmente, en las dos lanchas, todos se fueron hacia el yate, tras cerrar la puerta de la casa.

Después de esperar el tiempo suficiente para convencerse de que los dos hombres de la casa parecían dispuestos a quedarse en el yate, Brigitte abrió su bolso, y buscó en él algo que pudiera utilizar adecuadamente. No fue difícil: una lima para las uñas sería suficiente, a menos que la cerradura de aquella puerta fuese especial.

No lo era. Tras llegar allá deslizándose por las sombras, introdujo la lima en el ojo de la cerradura… y ni siquiera medio minuto más tarde oía el chasquido del pestillo. Empujó, entró rápidamente y cerró tras ella. Su convencimiento de que no había quedado nadie allí era total, así que fue hacia el fondo, sin grandes precauciones. Entró en un dormitorio, cerró la puerta, y encendió la luz… Segundos después, estaba desnuda y envuelta en una manta.

«Odio el frío —pensó—. ¡Lo odio con toda mi alma!». Colocó sus ropas en el respaldo de una silla, bien extendidas, para que se fuesen secando y regresó hacia la puerta. Por una de las ventanas miró hacia el yate, que continuaba allí… ¿Qué esperaban para marcharse, para zarpar?

Otra hora más tarde, perpleja, se dijo que no parecían tener intenciones de alejarse, con lo cual, su estancia allí podía proporcionarle algún disgusto. Si aquellos dos hombres volvían a la casa, en contra de lo que ella había esperado, el encuentro sería inevitable, a menos que se escondiese debajo de una cama…

¿O había algún otro sitio donde esconderse y desde el cual quizá escuchase la conversación de los dos hombres?

Volvió hacia el interior, cerró otra puerta y encendió la luz. Era un pequeño saloncito-comedor. La mesa estaba a un lado, rodeada de cuatro sillas. Luego, había un sofá, dos sillones y una librería… Encima de la librería vio un portafolios, y su mirada quedó fija en él, expectante. Se acercó, examinó el cierre del portafolios y alzó las cejas, gratamente sorprendida por su sencillez. No parecía la clase de portafolios sólido y con cerradura, donde se pueden guardar documentos importantes.

Con gran cuidado, un tanto tensa, lo abrió y miró su interior.

Solamente había un sobre.

Lo sacó, y de éste, una billetera de piel usada. Muy usada. Los finos y hábiles deditos de la espía comenzaron a separar los compartimientos. Había un permiso de conducir a nombre de un tal Bruno Rovatti, italiano, ciertamente; pero la fotografía se había desprendido, al parecer, y no estaba en la billetera. También había billetes italianos: unas ciento cincuenta mil liras, muy dobladas. La fotografía de una mujer… Una chica de alrededor de veinticinco años, de cabellos y ojos oscuros, sonriente. Brigitte frunció el ceño al mirarla.

«No me gusta —pensó—. Parece una… Bueno, es demasiado provocativa».

Y finalmente, encontró lo más interesante de todo: un cheque por cincuenta mil dólares, contra un Banco de Suiza, firmado por Murik Anak, extendido a nombre de Bruno Rovatti.

Brigitte apretó los labios y volvió a fruncir el ceño. Se quedó así unos segundos, contemplando el cheque, intentando encontrar una explicación a su hallazgo, aunque la cosa parecía en verdad simple: Bruno Rovatti era un sujeto que había cobrado cincuenta mil dólares, pagados por el hermano gemelo de Akrom Anak para que realizase determinado trabajo.

«El tal Rovatti debe ser uno de los dos que… No. Sería absurdo. Los dos hombres que estaban en esta casa son asiáticos… Así que ninguno de ellos lógicamente puede llamarse Bruno Rovatti. ¿Quién es este Rovatti y por qué le paga Murik Anak cincuenta mil dólares?».

Tampoco podía ser uno de los del yate, puesto que se habría

llevado el portafolios… Y ni pensar en que fuese una documentación falsa que estuviese utilizando Murik Anak pues no habría convencido a nadie con ella. Entonces, si aquella billetera y su contenido no pertenecía a ninguno de los asiáticos que estaban en Malta, ni a ninguno de los hombres del yate…, ¿a quién podía pertenecer? ¿Quién más intervenía en el asunto que pudiese utilizar aquella billetera?

Lo dejó todo en su sitio, tal como lo había encontrado, y se sentó en el sofá, meditabunda. Sí, ésta era la pregunta: ¿quién más intervenía en aquello, fuese lo que fuere lo que en definitiva se estuviese solventando en Malta?

Reconfortada por el calor de la manta, se tendió en el sofá, y segundos después, estaba dormida.

Capítulo V

Abrió los ojos, se sentó en el sofá velozmente y su mirada fue hacia la puerta del comedor-saloncito. Corrió hacia allí, apagó la luz y regresó a toda prisa hacia el sofá. Es decir, hacia detrás del sofá, donde se acurrucó.

Su finísimo oído no le había engañado. Había funcionado como un timbre de alarma, en sueños, eficaz como siempre… La puerta del comedor-saloncito se abrió y la luz fue encendida, y aparecieron los dos hombres asiáticos, que vislumbró un instante por un extremo del sofá, para ocultarse acto seguido, a toda prisa, muy sorprendida. No por el regreso de los asiáticos, sino porque al fondo, al abrir ellos la puerta, había visto un resplandor de sol. Es decir, que ya había amanecido. Miró su relojito: las ocho menos doce minutos. Sorprendente.

¿Todo el tiempo habían estado aquellos dos hombres en el yate? Haciendo, ¿qué?

Uno de los asiáticos dijo algo, el otro replicó en el mismo idioma, desconocido para Brigitte, y el primero, mientras volvía a hablar, caminaba hacia la puerta del fondo del comedor-saloncito… Brigitte se mordió los labios: ¡sus ropas! Las había dejado en el respaldo de una silla, y si aquel hombre entraba precisamente en el dormitorio donde…

Respingó al oír un golpe seco a su derecha, y volvió la cabeza. Allí, sobresaliendo por la punta del sofá, había una maleta… Una maleta grande, sólida, de buena piel. El sofá crujió al sentarse el hombre que había dejado la maleta junto al mueble. Se oyó el chasquido de un encendedor, y acto seguido, Brigitte percibió el olor a tabaco.

El otro hombre regresó al saloncito. Brigitte oyó sonido de cristal, gorgoteo de líquido… Luego, un ruido doble que tardó unos segundos en identificar, quizá porque no estaba acostumbrada a él:

eran dos pares de mandíbulas masticando con verdadero entusiasmo. Parecían dos cerdos metiendo el hocico en el comedero.

«Divertida situación —pensó la divina—. ¿Qué hago? Puedo darles un disgusto antes de que tengan tiempo ni tan siquiera de sorprenderse, pero me pregunto si eso es lo que conviene».

Mientras ella pensaba, los dos hombres masticaban. Finalmente, uno de ellos se puso en pie, farfulló algo y fue hacia la librería; acto seguido sus pasos se encaminaron hacia la puerta… Poco después, Brigitte oía el chasquido del pestillo de la puerta de la casa. Para entonces, el que se había quedado sentado en el sofá, había optado por tenderse… y un par de minutos después, Brigitte comenzó a oír sus ronquidos.

La espía más peligrosa del mundo no pudo contener una sonrisa. Se incorporó, lentamente, y comenzó a ver al hombre. Cuando estuvo completamente erguida, se quedó mirándolo. Estaba tendido boca arriba en el sofá y soplaba con tremenda fuerza. Un asiático, desde luego. Por supuesto, de Borkawa, y amigo de Murik Anak.

Sí. La situación casi resultaba divertida. Estuvo un par de minutos contemplando el feo y oscuro rostro del hombre, hasta convencerse de que tenía un sueño pesado, muy diferente al de ella. Encogió los hombros, salió de detrás del sofá y se deslizó hacia la puerta de la casa que daba al embarcadero. Poco después, miraba por una ventana hacia el mar.

El yate *Tunecia* ya no estaba allí.

Regresó al comedor-saloncito, y su mirada fue inmediatamente hacia la gran maleta que habían depositado junto al sofá. Se acercó a ella, la tendió y procedió a abrir los cierres, con todo cuidado… No produjo apenas ruido en ningún momento. Por fin, alzó la tapa… y se quedó mirando, tras un gesto de sobresalto, aquella fortuna. A menos que los billetes fuesen falsos, claro.

Toda la maleta estaba llena de fajos de billetes de cien, quinientos y mil dólares. Apretados, perfectos, formando una masa compacta. ¿Cuánto había allí? ¿Veinte millones de dólares? ¿Treinta, cuarenta, cincuenta…? De un fajo retiró uno de los billetes, y lo examinó al trasluz, brevemente. Brevemente, porque no hacía falta dedicar horas para comprender que el billete no era falso y si no era falso aquél, ¿por qué habían de serlo los demás?

Cerró la maleta, se irguió y fue a colocarse junto al resoplante

asiático. Captó en el acto el bulto de la pistola, en su sobaco izquierdo. Siempre sujetando la manta con una mano por delante del pecho, deslizó la otra hacia el sobaco del asiático, tocó el arma, la asió con dos dedos, y comenzó a tirar de ella, lentamente, lentamente, lentamente…

Segundos después con la pistola firmemente empuñada, Brigitte colocó el cañón en la punta de la nariz del hombre y apretó.

—Buenos días —dijo amablemente, en inglés.

El hombre dejó de resoplar. Abrió los ojos, vio el techo, volvió de pronto la cabeza… y sus ojos se desorbitaron, fijos en el cañón de la pistola que le apuntaba al centro del rostro. Luego, la negra mirada pareció saltar hacia Brigitte, que le sonrió amistosamente.

—Lamento molestarle, pero quisiera hablar con usted.

El hombre parpadeó y se pasó la lengua por los labios. No parecía capaz de moverse, de reaccionar más allá de ese gesto. Pero, de pronto, lanzó un alarido y saltó hacia Brigitte, con las manos por delante, como sucias garras…

Brigitte retrocedió rápidamente, mientras con la mano que había estado sujetando la manta, asía una de las del hombre, y tiraba de ella con fuerza. Entre el tirón y su propio impulso, el hombre salió disparado hacia la mesa, chocó con ella, pasó por encima y cayó al otro lado, volcándola. Cuando vino a darse cuenta, estaba sentado en el suelo. Y delante de él, mirándolo con cierta sorna y apuntándole con su propia pistola, vio completamente desnuda, a la mujer más hermosa que jamás habían contemplado sus ojos.

Pero tan grata visión duró muy poco: el tiempo que tardó el pie derecho de Brigitte en llegar a su barbilla, y tirarlo de espaldas, sin sentido…

Cuando volvió a abrir los ojos, la mujer seguía allí, pero ahora vestida, con unas ropas arrugadas, que parecían húmedas… ¿Había estado soñando, quizá?

—No —sonrió ella—. Pero mientras usted estaba sin sentido, decidí vestirme. Aunque, seguramente, pillaré un resfriado… ¿Cuánto dinero hay exactamente en la maleta?

El hombre frunció hoscamente el ceño, y no contestó. Brigitte miró un instante la punta del silenciador de la pistola… Luego, de pronto, apuntó la pistola hacia la cabeza del hombre, que respingó, vio la expresión de aquellos ojos azules, y gritó:

—¡Treinta millones de dólares!

—Zambomba, como diría un querido amigo mío… ¡No me diga que los ha ganado esta noche en el casino!

—Sí… Sí, eso es.

—No, hombre —Brigitte se sentó en una silla, sin dejar de mirarle atentamente—. Ese dinero se lo han dado a usted y a su amigo los hombres del yate que se han llevado los veintiocho fardos tan pesados que han estado cargando esta noche. ¿Es así?

Alzó de nuevo un poco más la pistola, y el hombre asintió vivamente.

—¡Sí, sí, sí!

—¿Qué había en esos fardos? ¿El tesoro del Templo de Borkawa Pnum?

El asiático pareció recibir una bofetada en pleno rostro, y su tono aceitunado se aclaró considerablemente. Tragó saliva y se quedó mirando a Brigitte, con los ojos muy abiertos.

—De modo que es eso —susurró Brigitte—. Muy bien, ¿hacia dónde va ese yate?

—No lo sé.

La azul mirada se enfrió hasta la congelación.

—Yo voy a seguir haciéndole preguntas —dijo—. La próxima vez que usted diga «no lo sé», o simplemente no conteste, le meteré una bala en la cabeza. ¿Hacia dónde va ese yate?

—Hacia Túnez.

—¿Cómo se llama su propietario?

—No lo… ¡No lo sé, de verdad, sólo tenía que realizar la operación con él, sin preguntarle nada!

—¿Esas fueron las instrucciones que le dio Murik Anak?

—¿Murik Anak? —respingó el hombre.

—No sea estúpido… Sé perfectamente lo que está ocurriendo en Malta. Quizá incluso lo sé mejor que usted. Repito: ¿fueron ésas las instrucciones que les dio Murik Anak?

—Sí, sí…

—¿Dónde está él?

—¡No lo sé, lo juro!

—Está bien. Pero supongo que Murik tendrá que venir aquí, en un momento u otro, por el dinero. ¿Cuándo será eso?

—No antes de mañana.

—¿Por qué no antes de mañana?

—Tiene otras cosas que hacer por ahí.

—Ya… ¿Y se atreve a dejar treinta millones de dólares en manos de dos tipos como usted y su amigo? Eso debe significar que confía mucho en ustedes, ¿no?

—Sí. Además, nosotros no sabríamos qué hacer con tanto dinero. En cambio, cuando todo haya terminado, nos ayudará a instalarnos como millonarios, donde nosotros queramos. Él resuelve todos los problemas.

—Entiendo. Son ustedes muy sensatos. ¿Cómo se llama?

—Nirok.

—¿Y su amigo? El que estaba aquí con usted.

—Él se llama Servara.

—Muy bien… Antes había sobre la librería un portafolios, y puesto que ahora no está, significa que se lo ha llevado su amigo Servara. ¿Adónde? ¿A quién? ¿Qué parte tiene en esto el hombre llamado Bruno Rovatti?

El asiático volvió a palidecer. Sus labios se movieron, pero ni una sola palabra salió de ellos, mientras sus ojos giraban con gesto desesperado, en busca de una solución a su situación apurada…

—¿Adónde? ¿A quién? —insistió fríamente Brigitte—. Sé que usted no es más que un guerrillero de Murik Anak, un asesino, quizá un loco… Puedo matarle sin sentir el menor remordimiento, Nirok. ¿No va a contestar a mis preguntas?

Nirok volvió a pasarse la lengua por los labios. Brigitte ni siquiera se movió: simplemente, apretó el gatillo, sonó el apagado «plop», y el asiático se derrumbó, de espaldas, con un negro orificio entre las cejas. Cierto: un asesino menos en el mundo.

Servara llegó ante la puerta, acercó una mano al timbre, pero de pronto la retiró vivamente, recordando que Nirok debía estar durmiendo. Palpó en sus bolsillos, hasta oír el tintinear de las llaves, abrió y entró. Segundos después, aparecía en el comedor-saloncito.

Miró a Nirok que, en efecto, estaba tendido en el sofá, vuelto de lado hacia el respaldo.

—He vuelto —dijo Servara—. Vamos, despierta, tenemos que ir a vigilar durante todo el día al asesino.

Todavía estaba allí la botella de leche, en el suelo. Servara se

acercó, la tomó y bebió un largo trago, casi terminándola. Luego, volvió a mirar a su compañero.

—Maldita sea, despierta ya… ¡Nirok! —se inclinó sobre él, lo asió por un hombro y lo zarandeó con fuerza—. ¡Nir…!

Pareció que su lengua quedase de pronto pegada al paladar. La cabeza de Nirok había caído hacia aquel lado, como si el cuello fuese de goma, blandamente. Servara vio los ojos abiertos de Nirok, y el negro orificio en la frente. Acto seguido, miró vivamente hacia la maleta, saltó hacia ella, y la abrió, con manos no ya temblorosas, sino como agitadas por un huracán. Lanzó un grito de alegría al ver allí todo el dinero, y acto seguido volvió a mirar a Nirok, inquieto, perplejo. Se puso en pie, dispuesto a regresar ante su compañero, pero justo entonces se dio cuenta de la presencia de aquella mujer en la puerta del fondo y se detuvo en seco, apenas movido un pie.

—Supongo que usted también habla inglés, como Nirok —dijo ella.

Servara miró la pistola que empuñaba. Después, miró los grandiosos ojos azules, increíblemente hermosos, y asintió.

—Sí, hablo inglés.

—Magnífico, señor Servara. Dígame, ¿adónde y a quién ha ido a llevarle usted el portafolios?

—¿Qué portafolios?

Brigitte hizo un gesto de resignación.

—El que se llevó antes, que contenía la billetera con documentación a nombre de Bruno Rovatti y un cheque de Murik Anak por cincuenta mil dólares, precisamente a nombre de Bruno Rovatti. ¿Quién es Bruno Rovatti y cuál es su papel en esta jugada?

—Ese Rovatti es sólo un asesino profesional que tiene que hacer un trabajo.

—¿Otro asesino profesional? ¿No les basta con Clark Coleman, el americano? ¿O este otro…?

Servara lanzó una exclamación de sobresalto, y llevó la mano derecha, a toda prisa, al sobaco izquierdo… El gesto de la agente Baby fue mucho más simple y más rápido.

«Plop», chascó la pistola de Nirok en su mano.

Un grito ronco brotó de la boca de Servara mientras caía hacia atrás, con una bala en el corazón. Cayó como un poste, de espaldas y nuca, con un golpe qué resonó sordamente en el saloncito… En su

garganta había todavía un hilo de voz, como un silbido agudo, y sus piernas se agitaron como sacudidas por descargas eléctricas… De pronto, quedó inmóvil.

También Brigitte se quedó inmóvil, pero a los pocos segundos, ella pudo recuperar la movilidad. Se acercó a uno de los sillones, se sentó y del bolso sacó la radio, cuyo botón de llamada apretó.

—Dime —oyó en seguida la voz de Número Uno.

—El hombre de la corbata blanca tiene contratado a otro asesino, al parecer. Un tal Bruno Rovatti… ¿Te suena?

—No. ¿Cómo lo has sabido?

Brigitte explicó, con su habitual precisión, lo que había hecho desde que la noche anterior se separara de Número Uno. Cuando terminó, Número Uno pidió.

—Dime otra vez lo que había en esa billetera usada.

—La fotografía de una chica vulgar, con aspecto más bien de prostituta cara; permiso de conducir, con la fotografía desprendida, a nombre de Bruno Rovatti; unas ciento cincuenta mil liras; un cheque firmado por Murik Anak a nombre de Bruno Rovatti, por cincuenta mil dólares, contra un Banco de Suiza.

Al terminar, esperaba un comentario o alguna pregunta más por parte de Número Uno, pero éste no dijo nada. Un segundo, dos, tres, cuatro… El silencio le pareció a Brigitte tan prolongado, que musitó, inquieta:

—¿Mi amor?

—Sí… Sigo en contacto, no te preocupes.

—Estás pensando en ese asesino de cincuenta mil dólares, ¿no es eso?

—Sí. Pero no te preocupes, yo arreglaré eso.

—Lo más sencillo —murmuró Brigitte— sería, desde luego, no disparar contra Akrom Anak esta noche.

—Sí. Pero tú y yo no hacemos nunca las cosas sencillas. Por otro lado, si nosotros…, es decir, si yo no actúo como Murik Anak está esperando, quizá compliquemos las cosas. Lo mejor es seguir adelante con el plan, a ver qué pasa.

—¿Matando a Akrom Anak?

—Más o menos; ya te digo que de esa parte del asunto me encargaré yo. ¿Qué piensas hacer con esos treinta millones de dólares?

—Ya lo sabes: dárselos al príncipe Akrom. Pero no ahora, pues las cosas podrían complicarse todavía más. Lo que voy a hacer ahora es ir en busca del tesoro del Templo de Borkawa Pnum.

—¿Y eso no es complicar las cosas?

—Sí —rió la divina—. Pero tú mismo acabas de decir que nosotros no hacemos nunca las cosas sencillas. Además, ¿por qué no darles un disgusto a esos sinvergüenzas?

—¿Qué sinvergüenzas?

—Oh, mi amor, ¡los del yate! ¿Cuáles, si no?

—Sí. Supongo que tienes razón. Deben ser tipos que se dedican al contrabando de oro. Según parece, el valor intrínseco de ese tesoro es de unos ochenta millones de dólares, así que, si han pagado treinta, el negocio no puede ser más provechoso. Y hay que calcular las piedras preciosas de todas clases, que deben valer más que el oro, en proporción a su peso. Lo desmontarán todo, y lo fundirán, o lo venderán en Ámsterdam.

—También podría ser que vendiesen esos objetos religiosos como obras de arte, en cuyo caso aún podrían obtener mayores beneficios. Debe haber en el mundo coleccionistas privados que pagarían verdaderas fortunas por muchos de esos objetos. En fin, de un modo u otro, una gente que compra así el tesoro religioso de un país, no me parecen precisamente decentes.

—Y por lo tanto, serán peligrosos —añadió Número Uno.

—Pues sí, pero…

Capítulo VI

El resplandor del sol entraba en el salón del yate por el gran ventanal corrido que estaba a la altura de la cubierta, y hacía brillar cegadoramente el conjunto del tesoro de Borkawa Pnum. Lo habían desempaquetado todo, colocándolo por todas partes, de modo que allí dentro parecían existir miles y miles de luces doradas, verdes y rojas. Predominaba el oro, pero las esmeraldas y los rubíes estaban en tal cantidad también, que comenzaban a dolerle los ojos. Había figuras y objetos de todas clases y tamaños, en especial Budas, seguidos en cantidad por centelleantes efigies de la diosa Kilama, en sus diversas posturas, que indicaban los dones que otorgaba a sus adoradores: el don del amor, el de la riqueza, el de la salud, el de la fecundidad, el de la fuerza, el de la inteligencia… Kilama, ciertamente, tenía dones para derramar en abundancia entre sus adoradores.

—Pero yo jamás había visto una diosa que tuviese cuatro senos —rió el holandés De Voren.

—No es cosa que me disguste a mí —aseguró el tunecino Abu Rasiz—. Como tampoco me disgustaría que además de tener cuatro pechos, tuviera cuatro nalgas.

—Puestas así las cosas —rió el británico McAllister—, ya te gustaría también que tuviese más cosas del… resto de su anatomía, ¿eh?

—¡Seguro que sí! —rió Rasiz.

—Bueno, bueno —sonrió De Voren—, no excites a nuestro socio moro, que ya acostumbra tener la sangre demasiado caliente, sin necesidad de sugerirle ideas eróticas.

—Tienes razón —aceptó McAllister—. Me pregunto cómo es posible que siempre esté pensando en las mujeres.

—¿En qué otra cosa se puede pensar, si no? —se pasmó Abu Rasiz.

—Pues en las riquezas, por ejemplo —señaló McAllister los objetos religiosos a su alrededor—. Para conseguir una mujer, sólo tienes que chascar los dedos, pero para conseguir algo como esto… ¿Te parece que sacaremos el doble, De Voren?

—Si lo desmontamos y lo fundimos todo, sí. Si pudiéramos venderlo a coleccionistas sin escrúpulos, de esos que tienen secretas sus colecciones, quizá consiguiéramos el triple, e incluso más.

—Bueno, pues se lo vendemos a esos coleccionistas, ¿no?

—Lo malo es la cuestión del dinero… Desde que nos visitó aquel tipo en Túnez, hace tres meses, nos hemos visto más que apurados para reunir treinta millones de dólares en efectivo. No sólo estamos ahora sin dinero, sino que debemos muchos préstamos que nos han hecho.

—Ha sido agotador reunir esa cantidad, sí —reflexionó Abu Rasiz—. Pero habrá valido la pena pasar algunos apuros para obtener los beneficios que nos esperan.

—Así es —encogió los hombros el holandés—. Pero no olvidéis que debemos mucho dinero a colegas de Ámsterdam, Tánger, París, y de la misma Túnez. Si queremos pagar a tiempo, habrá que vender lo más rápidamente posible. O sea, fundir el oro. Por lo tanto, no… ¿Qué pasa? Parece que nos estamos deteniendo…

—Es verdad —asintió McAllister—; se está parando el yate.

—Voy a echar un vistazo a cubierta —dijo Abu Rasiz.

Se dirigió escaleras arriba, mientras McAllister y De Voren cambiaban una mirada inquieta.

—Esperemos que no sea una broma de nuestros desconocidos vendedores —murmuró el holandés.

—Yo también pienso en eso —frunció el ceño McAllister—. La idea de que esa gente nos entregara todo esto, y luego nos lo quisieran quitar, ya la he tenido en cuenta; de ese modo, tendrían el dinero y el tesoro de ese país asiático…

—Borkawa.

—Sí, Borkawa. Bueno, como quiera llamarse. ¿Qué nos importa a nosotros el nombre de ese país? De todos modos, no les iba a resultar fácil. —McAllister sonrió aviesamente—. Cualquiera que tenga la «genial» idea de atacarnos se llevaría una gran sorpresa.

—En definitiva, yo creo que ambas partes hemos jugado limpio. Nos convenía el negocio a los dos, eso es todo. Cuando esta noche

lleguemos a Túnez… ¿Qué pasa, Radcliff?

El hombre que bajaba rápidamente, procedente de la cubierta, sonrió, guiñando un ojo con malicia.

—Es una mujer… ¡Y qué mujer! Abu está con ella, comiéndosela con los ojos. No me sorprendería que, de un momento a otro, se echase encima de ella. Tiene un cuerpo…

—Déjate de tonterías. Y…, ¿dónde está esa mujer?

—Abu la ha hecho subir a bordo.

—¡Ese imbécil…! —comenzó a gruñir De Voren.

—No pasa nada —sonrió más anchamente Radcliff—. Es una joven que hace media hora nos adelantó con una lancha muy veloz… Y ahora la hemos encontrado a la deriva. Parece que ha sufrido una avería en el motor. La lancha, no la chica —Radcliff volvió a guiñar un ojo—. La chica no tiene ninguna clase de avería, al menos visible.

—¿Está sola?

—Completamente sola. Es una de esas mujeres decididas, que se lanzan al mar, a recorrer cuatrocientos o quinientos kilómetros como si se tratase de un paseo en «ferry» por el puerto… Da gusto verla. Si pudiese, me la comía, empezando por…

—A ver si cierras esa asquerosa bocota —gruñó De Voren—. Toma lo que hayas venido a buscar, y vuelve a cubierta, a vigilar a esa bestia de Abu. No quiero complicaciones.

—He venido a buscar algo de beber para la chica. Está muy asustada…

En aquel momento, se oyeron unos leves pasos en lo alto de la escalerilla que unía el interior del yate con la cubierta. Los pasos fueron resonando con más fuerza, y pronto apareció el par de piernas de mujer más sensacional del mundo. A Radcliff le relucieron los ojos. En cuanto a De Voren y McAllister, a pesar de que estaban predispuestos a no complicarse la vida se quedaron atónitos contemplando las bellísimas piernas, que parecían hechas de seda, de oro y de sol.

Cuando apareció también el busto y luego la cabeza de la muchacha, los tres hombres sentían dificultad tan sólo para mantener el ritmo respiratorio.

Ella llevaba unos *shorts* y un fino jersey azul, de hilo, abierto por el cuello, mostrando una garganta bellísima. Llegó abajo

sonriendo muy simpáticamente, mirando hacia los hombres, pero, de pronto, pareció reparar en lo que había en el saloncito del yate, y se quedó boquiabierta, estupefacta, como cegada por el resplandor del oro y las piedras preciosas.

—Bu-buenos días… —acertó a balbucear, acto seguido, en francés.

Detrás de ella había llegado, muy sonriente, el tunecino Abu Rasiz, y De Voren le dirigió una furiosísima mirada.

—¿Estás loco? —gruñó, en inglés.

—A lo mejor —deslizó fríamente McAllister—, al ver a la muchacha, ha olvidado que hemos pasado toda la noche examinando el tesoro, y que lo teníamos aquí expuesto como en un escaparate.

—No he olvidado nada —sonrió relamidamente Abu Rasiz—. Os presento a la señorita Monique Lafrance, una francesita que desde Malta se dirigía a Túnez, precisamente. Se le ha averiado la lancha, y he pensado que podríamos llevarla… ¡en *yatch-stop*! —se echó a reír.

La muchacha, que había mirado de uno a otro, al parecer sin comprender nada, volvió a mirar hacia las piezas del tesoro del Templo de Borkawa Pnum, todavía con aquel gesto estupefacto en su boquita sonrosada.

—¿Qué… qué es esto? —preguntó, siempre en francés—. ¡Parece un tesoro de… de piratas!

Abu Rasiz volvió a reír.

—¿No os parece encantadora? ¡Un tesoro de piratas! Bueno, más o menos es así, ¿verdad?

—Eres un maldito imbécil —deslizó De Voren—. ¿Qué vamos a hacer ahora con esta mujer?

—Algo se nos ocurrirá —aseguró Abu—. Aunque no tenga cuatro pechos, como esa diosa, yo creo que algo se nos ocurrirá hacer con ella. Por lo menos, a mí. Así no me aburriré de aquí a Túnez.

De Voren comenzó a refunfuñar por lo bajo, en holandés, con lo que nadie le entendió ni una sola palabra. McAllister miraba cada vez más torvamente al tunecino, cuyos ojos relucían más que los rubíes del tesoro, lanzando llamaradas hacia la muchacha llamada Monique Lafrance, cuyos azules ojos se movían vivamente, mirando

a uno y otro.

McAllister hizo un gesto entre molesto y resignado.

—Ya no tiene remedio —masculló—. Radcliff, ve arriba y da las órdenes para que la lancha de la muchacha sea hundida.

—Es una buena idea —sonrió Abu Rasiz—. La misma que había tenido yo, precisamente. Otra idea que he tenido…

—No hace falta que entres en detalles —siguió mascullando McAllister—. Llévate a la muchacha a un camarote, termina pronto, y tirémosla al mar.

Rasiz miraba incrédulamente a McAllister.

—¿Quieres decir que tú no querrás un turno, detrás mío? —exclamó.

—¡Claro que no, maldito seas!

—Pues yo, sí —jadeó Radcliff—. A mí me gustaría hacer…

—¡Ve a hundir esa lancha! —explotó McAllister—. ¡Y ya veremos todo eso de los turnos! No estoy dispuesto a complicarme la vida por un asunto como éste, asi que cuando estemos todavía a muy buena distancia de Túnez, la tiraremos al mar. Y el que no haya tenido su turno, que se aguante. ¡Ve a hacer lo que te he dicho!

Radcliff se dirigió hacia cubierta, con gesto malhumorado. Abu Rasiz se acercó a una de las estatuillas de la diosa Kilama, la tomó, y se la tendió a Monique Lafrance.

—¿Le gusta? —ofreció, hablando también en francés.

Monique asintió tímidamente.

—Sí… Es muy extraña, pero muy bonita… ¡Todo esto debe valer muchísimo dinero!

—Bastante. Tome, le regalo esta diosa.

—No, no… Ya es bastante con que me ayuden a arreglar mi lancha…

—Tonterías —sonrió amablemente Rasiz—. Venga, voy a enseñarle algo que le gustará mucho. Más que todo esto, ya verá.

Le puso en una mano la figura de Kilama, y la tomó del brazo, con delicado gesto cortés, señalando hacia el pasillo al que daban los camarotes. Cuando desaparecieron por allí, McAllister sonrió torcidamente.

—Me pregunto si realmente le va a gustar a esa pobre muchacha lo que pretende enseñarle Abu —comentó.

—Es una mala bestia —refunfuñó De Voren—. ¿Por qué demonios ha tenido que complicarnos la vida de este modo?

—Cálmate, hombre. En realidad, no tiene tanta importancia. Esa chica ha tenido mala suerte, eso es todo. Y bien pensado…, ¿por qué no tener también un turno con ella? Luego la tiramos al mar, y aquí no ha pasado nada. ¿Quién va a enterarse?

Mientras tanto, Abu había cerrado la puerta de uno de los camarotes, tras ceder el paso a la ingenua muchacha y entrar tras ella.

Y en seguida, dijo:

—Será mejor que te quites la ropa.

Monique Lafrance le miró como si no hubiese entendido sus palabras, en muy buen francés.

—¿Qué…?

—Que te desnudes —sonrió fieramente Abu—. Quiero comprobar las diferentes anatomías que existen entre tú y esa figura.

La muchacha parpadeó.

—Pero…

—¡Vamos, quítate la ropa, o te la quito yo! Tienes que comprenderlo, pequeña tonta: hoy no ha sido tu día de suerte. Vamos, vamos, ¡desnúdate!

—Usted… usted no tiene derecho a exigirme…

Hasta ellos llegaron los chasquidos de fuertes golpes. La muchacha miró instintivamente hacia la redonda portilla del camarote, y luego a Abu, que señaló al exterior.

—Esos son mis hombres, que está agujereando la cubierta de tu lancha, para hundirla. Jamás será encontrada… Ni tú tampoco, si te empeñas en no ser comprensiva. Si te portas mal, irás al fondo del mar, también. Si te portas agradablemente, quizá te conserve en mi villa de Túnez. ¿Lo entiendes ahora?

Fuera, junto al casco del yate, se oyó una voz. Luego, el yate comenzó a vibrar, al ser de nuevo puestos en marcha los motores… Abu Rasiz se acercó a Monique, adelantó una mano, asió el borde del escotado jersey, y dio un tirón, arrancando la prenda completamente, dejando a la muchacha en sujetadores.

—Te los voy a arrancar también —jadeó—. ¡Así será más emocionante…!

Ella había retrocedido un paso, y Abu la siguió. Llevó la mano a los sujetadores… Se dio perfecta cuenta de que Monique Lafrance alzaba su manita libre, pero no hizo el menor caso… Estaba a punto de dar el tirón para arrancar la prenda íntima, cuando aquella manita, a la que no había hecho caso, pareció clavarse en su garganta. Abu movió entonces la cabeza para desasirse de la presa, pero los deditos apretaron más, abarcando la laringe. El dolor fue tan insoportable que Abu casi cayó de rodillas… Pero la «delicada» manita lo sostuvo de pie, sin dejar de apretar. Era un dolor espantoso, que impedía a Abu Rasiz hacer el menor movimiento, no sólo por el dolor en sí, sino porque comprendía perfectamente que, si se movía, aquella mano destrozaría todo cuanto estaba apretando.

Los ojos desorbitados del tunecino se clavaron en los azules, grandiosos, bellísimos, de Monique Lafrance, que tenía una sonrisa en ellos. Una… extraña luz fría, que a Abu le pareció sencillamente diabólica.

—¿No se encuentra usted bien? —se interesó Monique, ahora en inglés. Abu Rasiz no comprendía aquello. Tenía ante él a una muchacha que, con sólo una mano, lo estaba dominando. Una mano pequeña, delicada, pero que parecían unas tenazas que le estuvieran arrancando la vida. La imagen del ratón grande y torpe entre las zarpas de la gatita fue como una verdadera visión ocular para Abu Rasiz… La cabeza comenzaba a darle vueltas, y al mismo tiempo parecía a punto de estallarle, como si se fuese calentando e hinchando…

Con un esfuerzo desesperado, pese al terrible dolor que sintió en cuanto movió la mano hacia el sobaco izquierdo, Abu intentó sacar la pistola. Entonces, los azules ojos parecieron congelarse definitivamente.

—Ya que tanto te gustan las mujeres… —dijo Monique.

La estatuilla de oro de la diosa Kilama, que sostenía con la otra mano, golpeó en el centro de la cabeza de Abu Rasiz, que murió en el acto, hundido el cráneo. Monique Lafrance lo soltó, y el cadáver rodó por el piso, tras blando golpe.

Se inclinó, le quitó la pistola a Abu, y se la colocó en la cintura, dentro de los *shorts* Recogió luego su jersey, movió la cabeza con disgusto, al verlo destrozado, y se dirigió hacia la puerta. La abrió y

salió al pasillo, colocando el destrozado jersey ante la cintura, de modo que ocultaba la pistola.

Cuando apareció en el saloncito del yate, donde De Voren y McAllister estaban procediendo a embalar de nuevo el tesoro del Templo de Borkawa Pnum, los dos hombres se quedaron mirándola, atónitos. Parpadearon al ver que sólo los sujetadores cubrían su pecho, y luego miraron hacia el fondo del pasillo…

—Lo he matado —sonrió ella.

Los dos respingaron a la vez. Y tras un instante de vacilación, movieron la mano derecha… En esta misma mano de Monique Lafrance, apareció la pistola de Abu.

Plop.

McAllister lanzó un chillido, y saltó hacia atrás, sin haber conseguido ni siquiera tocar su pistola. Palidísimo, De Voren detuvo en seco su gesto de sacarla del sobaco, y se quedó mirando a la francesita, que le contemplaba con fría indiferencia por encima del arma, que apuntaba a su cabeza.

—No se detenga —susurró—. Saque su pistola, pero con dos dedos, muy lentamente, y con mucho cuidado. Su vida depende de lo que haga y cómo lo haga.

Evidentemente, De Voren quería seguir viviendo, porque se desprendió de su pistola, conforme a los deseos de Monique Lafrance. La muchacha la recogió del suelo, le quitó también la suya al fallecido McAllister, y con la que empuñaba, señaló a De Voren y luego el tesoro.

—Empiece a trabajar: vaya colocando todas las piezas en las cajas: la exposición de objetos de arte religioso pagano ha terminado. ¿Cómo se llama usted?

—De Voren.

—¿Holandés?

—Sí.

—¿Y sus amigos?

—Abu Rasiz y George McAllister…

—Quizá yo pueda adivinar su… profesión: granujas habituales. ¿Pensaban fundir todo esto, para vender el oro y las piedras por separado?

—Sí.

—Pues han tenido mala suerte. Pensé que todo sería un poco

más complicado, pero la afición de Abu Rasiz a las mujeres me lo ha facilitado todo.

—Usted no saldrá viva de este yate —le dirigió una hostil mirada el holandés—. Parece que ha olvidado que arriba hay cinco hombres a mis órdenes.

Monique Lafrance sonrió, y se sentó en el diván, haciendo señas a De Voren para que iniciase el trabajo de recoger los objetos.

—¿Cómo se inició esto? —preguntó—. ¿Qué clase de contacto realizaron ustedes para llegar a contratar la compra? ¿Y… con quién?

—Era un asiático.

—Eso lo he supuesto. ¿Su nombre era Murik Anak?

—No se mencionaron nombres.

—Cautela comprensible.

De Voren abrió la boca, pero no dijo nada. Dirigió una mirada de reojo hacia la escalerilla que comunicaba con cubierta. Luego, miró fugazmente a Monique, con un destello de triunfo en los ojos. Parecía que ella no había oído las suaves pisadas en lo alto de la escalerilla… Él, sí las estaba oyendo, pero se esforzó en disimularlo. Las pisadas llegaron abajo… Entonces, De Voren se volvió, crispado el rostro por la furia.

—¡Mátala de una…!

Se quedó mudo y pálido, mirando impresionadísimo al recién llegado: un sujeto de más de metro ochenta, ataviado únicamente con un traje de baño y que sostenía una automática con silenciador especial. Un sujeto bronceado, de cabellos color cobre y ojos negrísimos, que parecía talmente hecho de bronce, y que le dirigió una fría mirada de indiferencia.

—¿Todo bien por aquí? —preguntó.

—Sí, mi amor. ¿Has tenido dificultades arriba?

—Claro que no. Eran unos pobres diablos. Parece que tenías razón —comentó, señalando los objetos de arte religioso.

—Ya sabes que casi siempre tengo razón. Por aquí todos son más bien pequeños, pero quizá encuentres en algún camarote ropa que pueda servirte hasta volver a casa.

—Veré si encuentro algo.

El hombre desapareció pasillo adelante, seguido por la estupefacta mirada del demudado De Voren, que contempló a

Monique al oír su voz:

—Por si le interesa, puede llamarlo Número Uno. Y le sugiero que no le moleste en lo más mínimo: tiene muy mal genio… Sobre todo, cuando alguien me molesta a mí, se pone insoportable. Supongo que es porque yo soy lo único que ama en este sucio mundo. Pero, por favor, señor De Voren, siga con su trabajo, siga.

Número Uno regresó tres o cuatro minutos después, descalzo, pero vestido con unos pantalones blancos que le llegaban por encima de los tobillos y un jersey a rayas que parecía ir a romperse por la vibración de los finos músculos. Se acercó a Monique Lafrance, tendiéndole otro jersey.

—Póntelo. ¿Quién fue el cerdo?

—El moro. Se llamaba Abu Rasiz.

Monique Lafrance comenzó a ponerse el jersey. Número Uno se sentó a su lado, miró a De Voren, que estaba como petrificado, y frunció el ceño. Una llamarada negra apareció en sus ojos… Alzó la pistola, y apretó el gatillo.

Plop.

De Voren lanzó un grito, y cayó hacia atrás violentamente. Eso fue todo. Monique terminó de ponerse el jersey, sacando la cabeza por la abertura, y miró a Número Uno.

—Ahora tendremos que trabajar nosotros para empaquetar todas esas cosas.

—Yo lo haré. Tú ve arriba, y conduce de regreso a Malta.

—Eres maravilloso —rió ella—. Sabes que me gusta el mar, y me asignas la labor más agradable: dedicarme a contemplarlo. Yo diría que eso te ha hecho ganador de un mimito por mi parte.

Número Uno se quedó mirándola, fruncido el ceño. De pronto, le tomó el rostro entre las manos, y sonrió.

—Estoy esperando el mimito.

—¡Uno! ¡Has sonreído! —exclamó la divina.

—Todos tenemos fallos.

Monique Lafrance, es decir, naturalmente Brigitte Montfort, alias *Baby*, le echó los brazos al cuello, y acercó su boquita a la de él, hasta llegar al contacto. Número Uno deslizó una mano por su espalda, la otra hacia la nuca…

—¡Oh! —se separó ella, de pronto—. ¡Ahora recuerdo que

vamos a la deriva!

—Es lo que nos pasa cada vez que nos abrazamos, ¿no?

—¡Tonto! —rió dulcemente la espía más peligrosa del mundo—. ¡Me refiero al yate! ¡Y sería terrible no llegar a Malta para asistir a la parte final del juego…!

Capítulo VII

—Ella está aquí —dijo Kamir, apareciendo en el dormitorio.

Akrom Anak, que estaba terminando de vestirse, lo miró vivamente.

—¿Te refieres a la señorita Montfort, supongo?

—Sí.

—Salgo en seguida.

Kamir se retiró, y Akrom Anak, sonriendo, terminó de vestirse. Luego, salió del dormitorio, acudiendo a recibir a Brigitte, que esperaba en la salita de la *suite*, con Kamir y dos guardias más del príncipe. Ella inició el gesto de ponerse en pie, pero Akrom movió una mano enérgicamente.

—¡Por favor…! Permanezca sentada, se lo ruego.

Brigitte permaneció en el sillón, sonriendo de aquel modo inimitablemente delicioso. Esperó a que Akrom Anak ocupase otro frente a ella, para decir:

—Ha debido permitir que me pusiera en pie. Al fin y al cabo, usted es un príncipe, Alteza.

Akrom Anak la estaba mirando con gran curiosidad, como sorprendido. Movió la cabeza, y sonrió.

—Pero un príncipe es siempre menos que una reina, Majestad.

—¿Qué dice? —respingó Brigitte.

—Me he permitido… interesarme por usted. ¿Cómo he podido ser tan torpe? Quizá sea que mi memoria es pésima, simplemente. Temo que no tengo perdón.

—Pero, Alteza…

—Me estoy dirigiendo ahora a «Blueyes Queen»… ¡Por la diosa Kilama! ¿Por qué no me dijo usted que es la mujer que fue reina de Atlantic Kingdom? La Reina de los Ojos Azules… ¿No fue así como la llamaron? [1] .

—Oh, eso… ¡Fue hace tanto tiempo, Alteza! Le aseguro que lo tengo olvidado.

—Pues no me parece fácil olvidar que en alguna ocasión se reinó sobre un pueblo, francamente.

—Parece que mi memoria también es pésima —rió ella—. ¿De modo que se ha interesado por mí? ¿Por qué?

—Oh, bien… En modo alguno quisiera molestarla, pero si ha de venir como invitada a Borkawa alguna vez, para residir en palacio, me pareció oportuno… conocerla mejor. Tiene usted un prestigio admirable en todo el mundo, señorita Montfort.

—De donde se deduce que, en efecto, debo ser una buena periodista. Y a propósito, Alteza, son las ocho menos diez.

—En efecto —Akrom Anak miró su reloj—. Dentro de diez minutos, tengo que estar en el Salón Blanco, para la rueda de prensa… ¿Quizá puedo hacer algo por usted anticipadamente?

—Quería… hacerle algunas preguntas que no considero conveniente efectuar durante la rueda de prensa.

—Ah. Sí, entiendo… Pregunte, por favor.

—He sabido que el tesoro del Templo de Borkawa Pnum fue robado por su hermano Murik —Brigitte sonrió, pidiendo atención con un gesto de su manita—. Como ve, yo también me he interesado por usted. Y dígame, Alteza: ¿qué pasaría si usted recuperase ese tesoro?

El gesto de Akrom Anak se ensombreció. Bajó la mirada.

—Temo que lo vendería, señorita Montfort. Mi pueblo no necesita esa clase de tesoros, sino otros bien diferentes.

—Pero su pueblo se disgustaría con usted, si vendiese el tesoro del templo, ¿no es así?

Akrom Anak permaneció en silencio durante casi medio minuto, siempre sombrío, pensativo.

—En realidad —murmuró—, yo estoy destinado a que mi pueblo viva en perpetuo disgusto conmigo. Se disgustan conmigo porque pretendo obtener dinero por el tesoro del templo; se disgustan conmigo porque no puedo controlar a mi hermano; se disgustan conmigo porque pretendo detenerlo y encarcelarlo; se disgustan conmigo porque no puedo dominar una situación que quizá nos lleve a una guerra con Burkiam… Pase lo que pase, y haga yo lo que haga, mi pueblo se disgusta conmigo.

—¿Y no se le ocurre a usted alguna solución para evitar ese disgusto?

—Haga lo que haga, no les gusta. Quizá les guste la decisión que voy a tomar esta noche públicamente.

—¿Qué decisión?

—Abdicar.

—¡No está hablando en serio! —respingó Brigitte.

—Completamente en serio. Mi idea es exponer la información en la rueda de prensa, pero, si quiere, puedo explicársela ahora a usted.

—Se lo agradecería, Alteza.

—La idea es muy simple, en realidad. Tal como están las cosas, parece que es inevitable, o poco menos, una guerra con Burkiam, por culpa de mi hermano y sus guerrillas. Los de Burkiam no aceptarán de ninguna manera sufrir daños a manos de mi hermano y sus hombres, y la invasión, por tanto, temo que es inminente e inevitable. Entonces, yo he tenido la gran idea: abdicar.

—¿En favor de su hermano? —se pasmó Brigitte.

—¡Claro que no! Digamos que pondré mi país a disposición de Burkiam, de tal modo que pueda formarse una confederación. En el mismo momento en que esto suceda, Burkiam no podrá agredir a Borkawa, sino que formarán un frente común contra mi hermano y sus guerrillas. Sentiré un gran dolor cuando finalmente terminen con él, pero… creo que mi patria es más importante que nada.

—Pero…, ¿qué será de usted? ¿Qué hará?

—¿Yo? No sé… Supongo que puedo perfectamente vivir en Europa una vida… privada y apacible. No tengo mucho dinero, pero, claro —sonrió desganadamente—, algunos dólares tengo en Suiza.

—Entiendo. Pero eso significa… abandonar a su pueblo.

—Mi pueblo ya me ha abandonado a mí, hace tiempo. Eso, por un lado. Por otro lado, con ese abandono, le beneficio más que le perjudico. Lo que mi pueblo necesita no es mi persona, sino paz y prosperidad…, y eso lo tendrá cuando se forme la confederación con Burkiam.

Brigitte quedó silenciosa unos segundos, antes de musitar:

—¿Y si usted pudiese Volver a Borkawa con el tesoro…, y con unas cuantas decenas de millones de dólares?

Akrom Anak sonrió ahora como divertido.

—Si pudiese conseguir unas decenas de millones de dólares, supongo que los pondría a disposición de mi pueblo, y desistiría de vender el tesoro de Borkawa Pnum, pero eso no cambiaría demasiado las cosas. Mi hermano seguiría haciendo su guerra privada, y Burkiam nos invadiría, nos quitaría el dinero y el tesoro, y nos sometería… Lo cual sigue siendo peor que formar una confederación. ¿No le parece?

—Pues sí, pero… Oh, por Dios, estoy desconcertada… No esperaba esto, no sé qué hacer…

—De todos modos, su problema es más pequeño que el mío, me parece. Y, tendrá que perdonarme, señorita Montfort, pero los minutos van pasando…

—Oh… ¡Oh, sí, desde luego! Bien… Creo que es mejor que vaya a reunirme con los demás periodistas, para esperarlo en el Salón Blanco.

—Es lo correcto. Hasta ahora.

—Hasta ahora…

Brigitte Montfort, alias *Baby*, salió de la *suite* del príncipe Akrom, verdaderamente desconcertada. En su mente persistía la idea de poner en manos de Akrom Anak el tesoro del Templo y los treinta millones de dólares, ciertamente. Pero puestas así las cosas, quizá era mejor esperar la reacción de Burkiam, ante la decisión de Akrom Anak.

«Esperaré a ver qué pasa», pensó.

Miró su relojito. Eran las ocho menos tres minutos… ¿Habría llegado ya *él*?

El Malta Hilton, con sus tres plantas llenas de luz y su construcción central adornada con arcos, resplandecía en la noche, como flotando sobre el mar. Desde su lugar de observación, Número Uno veía también los escuálidos jardines de reciente creación, y las luces de los coches que llegaban y se marchaban por el conjunto de carretera privada…

Era el lugar más desamparado del mundo, por su gran extensión y su carencia de escondrijos para intentar lo que él tenía que hacer. Pero, ciertamente, no sería él quien se echase atrás. No por un orgullo absurdo, sino porque quería saber quién era el tal Bruno

Rovatti… Para él, la cosa estaba bastante clara: primero, Murik Anak le contrata a él para que mate a Akrom Anak. Y segundo, como la cosa era más que difícil, incluso descabellada, y lo razonable era que lo cazasen a él, después de disparar contra el verdadero Akrom Anak, Murik Anak contrata a Bruno Rovatti, por cincuenta mil dólares, para que lo elimine a él, que, siendo muy superior, habría hecho la parte difícil del asunto, para la cual el tal Rovatti no debía estar preparado, ni mucho menos…

Uno volvió a mirar su reloj, con el ceño fruncido. No, no lo entendía demasiado bien, en definitiva. Quedaba el asunto de los quinientos mil dólares que él había cobrado dos días antes… Claro que Murik Anak se ocuparía de recuperarlos, introduciéndose en su habitación del hotel Sliema, y se quedaría tan tranquilo. Luego, incluso era posible que hiciese matar a su vez a Bruno Rovatti, o que lo matase personalmente…

A cada instante, el ceño de Número Uno se fruncía más y más.

No lo entendía. Y si él no entendía algo, era porque algo no era razonable, algo no encajaba en todo el conjunto.

Pero, lo entendiese o no, era el momento de acercarse a cumplir su parte del compromiso, así que se metió en el coche, lo puso en marcha, y condujo hacia el cercano Malta Hilton…

Todos los presentes se sentaron cuando lo hubo hecho el príncipe Akrom Anak. Durante unos segundos, reinó el silencio. De pronto, fue el propio Akrom quien tomó la palabra:

—Caballeros: gracias a todos, por su presencia aquí, en este lugar, tan lejano a mi patria, donde pienso tomar una decisión que, sin duda, sorprenderá al mundo. Quiero decir —sonrió tristemente— al mundo que sienta interés por lo que pueda ser de un pobre país como el mío. Obviamente, todos ustedes están al corriente de la situación en Borkawa, de tal modo que podemos ahorrarnos preliminares y preguntas más o menos clásicas. Quisiera, ante todo, pedir perdón a aquellos de ustedes que no hablen inglés, pero, aparte de mi idioma, no conozco más que el inglés, y ello, debido a mis estancias en la India. De todos modos, como pretendo simplificar al máximo esta rueda de prensa, he redactado yo mismo un informe en ese idioma, y aquel que ahora no pueda entenderlo, podrá traducirlo más adelante. En realidad, creo que ésta va a ser una de las ruedas de prensa más breves que ustedes hayan

conocido.

Akrom Anak quedó silencioso unos segundos. El silencio era total.

Sentada en uno de los sillones, mezclada entre sus colegas europeos, americanos y asiáticos, la señorita Montfort permanecía inmóvil, fija su mirada en Akrom Anak. Ella no tomaba nota alguna, y algunos de sus colegas, al oír que se les iba a entregar luego un informe, desistieron de hacerlo también.

De pronto, Akrom Anak se puso en pie…, y al instante todos le imitaron.

—Por favor —movió las manos Akrom—, permanezcan sentados. Ustedes pueden hacerlo…, mientras que yo, ante una decisión como la que he tomado, no puedo… permanecer quieto. Por favor —insistió—: siéntense todos.

Hubo un rumor de ropas, de pies, de respiraciones, mientras todos los asistentes volvían a sentarse. Akrom Anak cruzó sus manos a la espalda, dio unos pasos, y se colocó en el centro del salón, con la mirada fija en el techo, como buscando en éste, escritas, las palabras que precisaba. Estaba muy pálido, y los periodistas comenzaron a mirarse unos a otros. En un lado, discretísimos, con la mirada obsesivamente fija en Akrom, estaban los tres hombres enviados por Burkiam: Ankiram, Savanapara y Asavinta. Detrás de Akrom, dos de sus guardias. Delante, los periodistas, formando un semicírculo.

—Naturalmente —prosiguió de pronto Akrom—, ésta es una decisión que no he tomado a la ligera, en un momento… de ofuscación, desesperación, temor o debilidad… Es una decisión fruto de la lógica, del sentido com…

Un cristal de una de las ventanas que daban al exterior saltó de pronto en pedazos, con fuerte sonido cristalino…, y simultáneamente, Akrom Anak lanzaba un agudo grito y saltaba hacia atrás, cayendo de espaldas, y deslizándose por el brillante suelo.

Quizá durante medio segundo, el desconcierto dejó como paralizados a todos los presentes. Transcurrido ese medio segundo, fuera se oyeron voces muy fuertes, y los estampidos de algunos disparos de pistola… Para entonces, y mientras fuera restallaban sonoramente los chasquidos de los disparos, todos los presentes

comenzaron a lanzar exclamaciones y a tirarse de bruces al suelo, comprendiendo al mismo tiempo lo primero que había sucedido: alguien había disparado, con un arma silenciosa, contra Akrom Anak.

Fuera, seguían oyéndose disparos, aunque con menos claridad, debido a los gritos de los periodistas, que gateaban en busca de una protección que ni ellos mismos sabían cuál podía ser. Sólo dos personas parecieron no pensar en sí mismas, para correr junto al caído Akrom: la señorita Montfort y el fiel jefe de guardias personales, Kamir. Los dos llegaron a la vez junto a él, y Kamir tendió sus manos hacia el príncipe.

—¡No lo toque! —exclamó Brigitte, que estaba tan pálida como el propio Akrom.

—Pero…

—¡No lo toque!

Lo apartó con gesto brusco, y se inclinó sobre él, buscando la herida en el pecho. Una herida mortal, naturalmente cuando Número Uno disparaba, no era para bromear. La bala iba siempre, con toda exactitud, adonde debía ir.

Mas, para asombro de la agente Baby, no había ni una sola gota de sangre en el pecho de Akrom Anak. Atónita, se quedó mirando la camisa, perforada. Y debajo de la camisa, una prenda de color gris azulado, que no había sido perforada por la bala. Los ojos azules parecieron saltar hacia los de Akrom Anak, y los vio fijos en ella.

—No se preocupe, señorita Montfort… Estoy… bien…

—Pero…

La mirada de Akrom se desvió hacia Kamir, que también estaba pálido.

—Kamir… Fiel Kamir, te debo la vida… Tú tenías razón…

—Alteza, no hable… ¡No hable ahora!

La desconcertada espía miraba de uno a otro, y, finalmente, tuvo que comprender; miró de nuevo aquella prenda de color gris azulado… Ya no oía nada. Ni siquiera los gritos del exterior, ni los que llenaban el salón… Sólo podía mirar aquella prenda, comprendiendo, por fin, que era especial contra balas…

—Estoy bien —decía Akrom, en inglés—. Señorita Montfort, es mejor que se proteja…

La espía miró a Kamir, y señaló hacia un rincón del salón.

—Ayúdeme a llevarlo allí —musitó.

Lo tomaron uno de cada mano, y lo arrastraron fácil y cómodamente hacia el rincón donde se habían refugiado los representantes de Burkiam, que no estaban pálidos, sino lívidos. Inmediatamente, se inclinaron sobre Akrom…, y quedaron atónitos.

—El príncipe está bien —dijo Brigitte—. Según parece, Kamir le había convencido para que utilizase un chaleco salvavidas, o algo así… ¿No es cierto, Kamir?

—Sí, señorita. Él siempre se negaba, pero ya ve… Savanapara sacudió la cabeza, y tartamudeó:

—De todos modos, habría que ir en busca de un médico…

—No, no —se negó Akrom—. Tengan cuidado, no se muevan de aquí. Todavía pueden disparar más veces…

Hizo un gesto de dolor, y se calló. Brigitte alzó la prenda antibalas, y se quedó mirando, como fascinada, el tremendo hematoma en el pecho de Akrom Anak, hacia el lado izquierdo. Si no hubiese llevado el chaleco, la bala le habría alcanzado de lleno en el corazón. Pero así, sólo le había producido aquel gran hematoma…, y quizá había roto algunas costillas.

—Es mejor que no se mueva —dijo—. Y desde luego, habrá que buscar un médico. Me parece que tiene rotas algunas costillas…

—No creo que eso me convierta… en un héroe, ¿verdad? —intentó sonreír Akrom.

—No —también intentó sonreír Brigitte—, pero le convierte en un ser que sigue viviendo.

—Me pregunto cuál de las dos cosas es mejor… Quizá si hubiese… si hubiese muerto, sería el único modo de que mi pueblo… llegase a sentir afecto por mí…

Fuera seguían oyéndose voces, pero ya muy lejanas. Y ningún disparo. Los periodistas se acercaban a Akrom Anak, que pidió la ayuda de Kamir, con una mirada. Le ayudaron a ponerse en pie, y Kamir intentó sentarlo en un sillón, pero, tan sólo al inclinar el torso, Akrom lanzó un gemido.

—Es mejor que permanezca de pie o tendido —dijo Brigitte.

—De pie —jadeó Akrom—. Tengo que seguir de pie… Así empecé la rueda de prensa, y… y así quiero… terminarla…

—Por favor, Alteza —casi gimió Kamir.

—Quiero terminar… Ruego a todos… a todos, que me

escuchen…

El silencio volvió a ser total en el salón…, hasta el punto de que se oyeron claramente las pisadas de varios hombres, que se acercaban a toda prisa a la puerta. Aparecieron los tres guardias que, con Kamir, componían el séquito de seguridad de Akrom Anak, y varias personas más. Entre ellas, el director del hotel, que no podía estar ya más pálido. No llegó a dar ni medio paso hacia Akrom, pues éste le atajó con un gesto. Pero sus hombres sí se acercaron.

Uno de ellos tendió a Kamir una vieja billetera de piel.

—¿Qué es esto? —le miró Kamir.

—La ha perdido el hombre que disparó, estoy seguro… Lo vimos cuando ya había disparado…

—¡Cuando ya había disparado! —gritó Kamir—. ¡Sanka y yo nos quedamos aquí, y hemos hecho nuestra parte! ¡Vosotros…!

—Nos sorprendió —se disculpó el otro—. Apareció tan de repente…

—¿Cómo es posible que un hombre, armado aparezca de repente? ¿En qué estabais pensando?

—Ya basta, Kamir —murmuró Akrom Anak; miró al otro—. ¿Lo habéis capturado?

—No, Alteza… Creo que le hemos herido, pero consiguió escapar. Le juro a Su Alteza que apareció de pronto… Mejor dicho, ni siquiera apareció… ¡No entiendo cómo lo ha conseguido! Estábamos fuera, vigilando, y de pronto, oímos el ruido del cristal, al romperse… Sólo entonces vimos al hombre, corriendo, alejándose… Nosotros disparamos, y le vimos caer y rodar por el suelo. Cuando llegamos allá, no estaba.

—¡No estaba! —aulló Kamir—. ¿Qué quiere decir que no estaba?

—Pu… pues… Es que no sabemos… No estaba.

Akrom Anak alzó una mano, conteniendo la furia de Kamir.

—Está bien, calmémonos. ¿Qué es eso? Dinos, de una vez, de qué se trata, Kamir.

—Sí, Alteza.

Kamir abrió la billetera… Lo primero que sacó fue la fotografía de una mujer de aspecto llamativo, de unos veinticinco años. Parpadeó, desconcertado, y se la tendió a Akrom…, tras el cual se agolparon, dominados por la curiosidad, propia de su profesión, los

periodistas. Todos, menos uno. Es decir, menos una. La «chica americana», la simpatiquísima señorita Montfort, no se movió. Incluso cerró los ojos, porque ella no necesitaba ver para saber lo que contenía aquella billetera…

—Bruno Rovatti —oyó—. ¿Quién es ése?

Casi en seguida, una fuerte exclamación. Luego, la voz de Akrom Anak, reposada, pero tensa:

—Creo…, creo que no hay nada más que mirar, señores…

—Es un cheque firmado por Murik Anak, por cincuenta mil dólares —oyó la voz de un colega—. Todo esto debe tener un significado, Alteza. Si su hermano…

El periodista se calló, de pronto. Hubo un largo silencio, durante el cual la confusión de Brigitte iba aumentando. ¿Aquella billetera la había perdido Bruno Rovatti, el asesino desconocido? Entonces…, ¿había sido Rovatti quien había disparado contra Akrom Anak? Y si así era, ¿dónde estaba Número Uno?

Pero no. No podía ser… Un disparo como aquél, de tal precisión, justo sobre el corazón de Akrom Anak…

—Señorita Montfort —oyó—: ¿está usted bien?

Abrió los ojos, y vio ante ella el rostro de Akrom, muy preocupado. Los demás también la miraban, no menos preocupados.

—Sí… Sí, estoy bien.

—Pero se la ve muy pálida… ¿Quiere tomar algo? Kamir, ve a encargar…

—No —negó la divina—. No, Alteza, gracias. Solamente quisiera… sentarme unos minutos, por favor. Creo que todo esto me ha impresionado más de lo que parecía hace un momento.

La ayudaron a sentarse. Dejó caer la cabeza sobre el pecho y, durante unos segundos, ni siquiera oyó nada. De pronto se dio cuenta de que se estaba perdiendo algo importante:

—… a seguir adelante —oyó la voz de Akrom Anak—. En cuanto a mí se refiere, esto ha terminado. Caballeros, mi propósito, hace unos minutos, era informar a todos de mi decisión de abdicar. He pensado que una confederación formada por Borkawa y Burkiam…

Ya conocía aquella historia, Y en aquel momento, no le interesaba en absoluto. ¿Dónde estaba Número Uno? Apretó el bolso, en el que estaba la pequeña radio Tenía que salir de allí

cuanto antes, y llamarlo…

Alzó de nuevo la cabeza, al oír el fuerte murmullo. El propio Akrom estaba repartiendo copias de su informe, por el que hacía a Burkiam una oferta de confederación. Junto a él, mirándole, atónitos, estaban Savanapara, Ankiram y Asavinta, éste último tomando uno de los informes. A medida que iban tomando su copia, los periodistas salían del salón, como disparados.

Finalmente, sólo quedaron tres o cuatro, además de Brigitte. Y los representantes de Burkiam, que todavía no podían creer la oferta que Akrom Anak había hecho respecto a la confederación.

—Es usted un zorro astuto, Alteza —sonrió de pronto Asavinta —. ¡No podemos hacer otra cosa, sino felicitarle!

—¿Debo entender que mi propuesta les parece aceptable?

—¡Aceptable! —saltó el más joven e impetuoso Savanapara—. ¡Es una solución perfecta para todo este conflicto! Y quizá, cuando todo esté arreglado, Su Alteza pueda volver a Borkawa para…

—No. No, no, señor Savanapara… No más. Para mí, ha sido suficiente. No quiero saber nada más de esto, de política, de guerras, de ambiciones, de odios… Se terminó. Asistiré a las asambleas que sean necesarias para dejar establecida la confederación. Luego, me retiraré para siempre. Y ahora, si me lo permiten, quisiera retirarme, Kamir —se volvió hacia el fiel guardián—, creo que sí sería conveniente que me viera un médico.

—¡Inmediatamente, Alteza!

—Supongo —vaciló Akrom— que la policía vendrá a interesarse por lo sucedido. Seamos discretos… Entregadles esta billetera, sin más complicaciones.

—Alteza, si me permite decirlo, yo creo que su hermano no debe andar muy lejos de aquí. Yo había pensado…

—No pienses más, mi buen Kamir. Si Murik está por aquí, ya debe saber que su intento ha fallado, y huirá… ¿Sabes hacia dónde?

—No… No lo sé, Alteza.

—¿Adónde, sino hacia nuestras montañas? —los ojos de Akrom parecieron apagarse, hundirse en la tristeza—. Y si va allí, será localizado, y capturado… o muerto. Nosotros ya no podemos hacer nada más, Kamir. Sólo quiero descansar. Y dentro de un par de días, si estoy en condiciones, regresaré a palacio, para atender todos los detalles de mi abdicación y la nueva confederación entre Borkawa y

Burkiam… ¿Me dispensan ustedes?

Los representantes de Burkiam inclinaron la cabeza. El director del hotel había salido, a toda prisa, en busca del médico… Akrom Anak se inclinó hacia Brigitte.

—Señorita Montfort, quizá sería conveniente que también la viese el médico. Con mucho gusto, compartiré sus servicios con usted.

—Estoy bien —se puso ella en pie—. Y espero que Su Alteza no sufra mayores contratiempos. Con su permiso, me retiro.

—¿Regresa a Estados Unidos?

—Todavía no lo sé.

Akrom vaciló un instante, antes de susurrar:

—Lamento mucho que las circunstancias me impidan mantener mi invitación para vivir unos días en palacio. En realidad…

—En realidad —cortó ella, con un esfuerzo por sonreír—, no creo que tenga importancia. Si Su Alteza se instala en Europa, es posible que nos veamos con cierta frecuencia.

—Sería un placer —murmuró Akrom Anak.

Salió del salón. Brigitte miró a los representantes de Burkiam, que la contemplaban atentamente.

—¿No habrá guerra? —preguntó ella.

—No parece razonable, en estas condiciones —sonrió Ankiram.

—Bien… Según parece, no todo ha sido malo esta noche en Malta. ¿Cuándo regresan ustedes a su país?

—En el primer avión que podamos tomar, mañana mismo —aseguró Asavinta.

—Lo comprendo.

Hizo una inclinación de cabeza, y se dirigió a la salida del Salón Blanco. Un par de minutos después, estaba sentada ante el volante del coche de Número Uno, en el cual había llegado al Malta Milton desde Villa Tartaruga. Abrió el bolsito, sacó la radio, y efectuó la llamada.

—¿Uno? —gimió.

—Dime.

—Oh, Dios mío… ¿Qué ha pasado? ¿Dónde estás? ¿Estás bien? ¡Han dicho…!

—Contestaré a una de tus preguntas: estoy esperándote.

—¿Dónde?

—En casa, naturalmente. ¿Vas a venir?

Brigitte separó sus labios de los de Número Uno, y apoyó la mejilla en su pecho, suspirando profundamente. En el gran salón de Villa Tartaruga solamente había encendida una de las lámparas de pie, en un rincón. El ambiente era silencioso, grato, de media luz. En una mesita, colocada ante el sofá, estaba la botella de champaña, casi terminada. Al lado, dos copas, en una de las cuales todavía se veía la roja guinda.

Número Uno apretó la cintura de Brigitte con el brazo en el que ella se apoyaba.

—Todavía tienes tu guinda en la copa —dijo.

Brigitte asintió, pasó una mano bajo el jersey de él, la deslizó por el pecho, duro como piedra.

—¿De verdad no te hirieron?

—No.

—Pero fuiste tú quien disparó contra Akrom Anak. ¿Perdiste la billetera de Bruno Rovatti?

—Absurdo.

—Sí… Es absurdo. Habíamos quedado en que dispararías, pero de modo que la bala no acertase a Akrom, sino tan sólo intentando provocar una reacción en quien está haciendo estas cosas tan raras. Y si Akrom no hubiese llevado aquel chaleco contra balas, lo habrías matado, mi amor.

—Evidentemente.

—¿Puedo admitir la posibilidad de que… fallases el disparo? Quiero decir, que no quisieras acertarle, pero que le acertases.

—No.

Brigitte permaneció en silencio durante un buen rato. Luego, vació el resto del champaña en las dos copas, y tendió una a Número Uno.

—¿Piensas pasar por el hotel esta noche? Por el tuyo.

—No vale la pena. El medio millón de dólares lo tengo yo, así que quienquiera que fuese a buscarlo a la habitación de Clark Coleman, no lo encontraría. Pero es que, además, no irá nadie. Ya no queda nadie que pueda ir allá esta misma noche.

—Sí, entiendo. Bien… Yo sí voy a salir, mi amor.

—¿Quieres que te acompañe?

—Oh, no… Y no me esperes levantado, por favor.

Era casi la una de la madrugada cuando Brigitte Montfort regresó a Villa Tartaruga. Dejó el coche en el garaje, entró en la casa, y fue directa al salón, donde, por supuesto, Número Uno estaba despierto, leyendo un libro.

El mejor espía de todos los tiempos la miró, dejó el libro, y sé acercó a ella. Le pasó un brazo por los hombros, y ella se abrazó a su cintura.

Sin cambiar una sola palabra, se dirigieron hacia la hermosa escalinata que ascendía hacia el piso de arriba, donde estaban los dormitorios.

A veces, no hay nada tan expresivo como el silencio.

Capítulo VIII

Veinte horas más tarde, esto es, hacia las nueve de la noche del siguiente día, tres hombres llegaron a pie a la casa junto al embarcadero. Fueron hacia la puerta delantera, y uno de ellos llamó, pulsando el timbre. Medio minuto más tarde, tras esperar en vano que la puerta fuese abierta, el hombre volvió a pulsar el timbre. Tampoco recibió respuesta.

—Vamos por la puerta de atrás, que será más fácil de abrir —dijo.

Al volverse, la luz de la calle iluminó su blanca corbata. Caminaron, llegaron al embarcadero, y se acercaron a la misma casa, por la parte de atrás. Uno de los acompañantes forzó, en pocos segundos, la cerradura, y entraron los tres.

—Nirok —llamó el hombre de la corbata blanca—. ¡Nirok, Servara!

No hubo respuesta. Uno de los acompañantes encendió la luz. Fueron hacia el interior de la casa, y al llegar al comedor-saloncito, encendieron también aquella luz. Entonces, los tres a la vez, vieron al hombre que estaba sentado en el sofá, y, también a la vez, respingaron con fuerza. El hombre del sofá, que tenía los cabellos rojos y los ojos verdosos, movió una mano en seco saludo.

—Buenas noches, señor Akrom Anak… Quiero decir, Murik Anak, naturalmente.

—¡Coleman! —jadeó el hombre de la corbata blanca—. ¿Qué hace usted aquí…, cómo ha encontrado este lugar?

—Soy un viejo perro de caza, que todavía no ha perdido el olfato, señor Murik Anak. También soy bastante inteligente, pero… hay una cosa que no he entendido. Por más que pienso, no la entiendo.

—¿Qué cosa?

—El asunto de Bruno Rovatti.

—No sé de qué me habla. Es decir, por lo que he leído en los periódicos, durante el día de hoy, alguien llamado Bruno Rovatti perdió una billetera que…

Clark Coleman hizo un gesto brusco con la mano. Un gesto seco, casi agresivo, eminentemente hostil. Ni por un momento pareció conceder importancia al hecho de que los dos hombres que acompañaban al de la corbata blanca le estuviesen apuntando con sus pistolas.

—Escuche, Murik —gruñó—, no está usted tratando con ningún imbécil, se lo aseguro. Usted y yo sabemos que Bruno Rovatti no ha existido nunca…, por lo menos, relacionado con este asunto. En realidad, lo que interesaba, en este caso, era encontrar a un hombre muerto, con aquella billetera encima.

—No entiendo adónde quiere ir a parar.

El disfrazado Número Uno frunció el ceño, cada vez más irritado.

—Está bien… Me pilla usted en un día charlatán, así que le expondré mi teoría: usted me contrata a mí para disparar contra Akrom Anak; al mismo tiempo, prepara todo de manera que los hombres de Akrom Anak, al menos dos de ellos, estén cerca del único lugar desde el cual puedo yo disparar…, con su consentimiento, claro, ya que la idea era dejarme disparar; luego, ellos me matan a mí, y me ponen en un bolsillo la billetera, de tal modo que, cuando la policía hubiese registrado mi cadáver, la habrían encontrado. Pero, al no poder acertarme con sus torpes disparos, los hombres de Akrom Anak simplificaron el asunto, diciendo que me habían herido, y que, en mi huida, había perdido la billetera. Mientras tanto, Nirok y Servara, los dos que había en esta casa, no habrían dejado de vigilarme para tenerme controlado todo el día, y habrían ido a mi hotel para retirar de allí los quinientos mil dólares. Lo que pasase luego, con respecto a mí, ya no tenía importancia para usted, que lo único que quería era que la policía encontrase, sobre todo, el cheque firmado por Murik Anak a nombre de quien, evidentemente, era un asesino profesional, contratado para asesinar a Akrom Anak: el inexistente Bruno Rovatti.

—Según eso, lo que yo pretendía era acusarme a mí mismo de la organización del asesinato de mi hermano Akrom.

—Sí, claro.

—Usted debe estar loco —sonrió secamente Murik Anak.

—No.

—Yo creo que sí. Su teoría…

—Mi teoría es perfecta. Por el momento, le diré que, tanto los treinta millones de dólares, como el tesoro del Templo de Borkawa Pnum, los tengo yo. Asimismo, lamento comunicarle las muertes de sus amigos Servara y Nirok. La única muerte que no pudo conseguirse fue la de Akrom Anak… ¿Sabe por qué?

—Lo he leído en los periódicos.

—Claro… Akrom Anak llevaba un chaleco antibalas. ¿Y sabe por qué?

—Supongo que protegía su vida.

—Por supuesto. Mire, cuando estaba acercándome al Malta Hilton, yo no dejaba de pensar, y pensar… Y de pronto, comprendí qué era lo que me tenía tan pensativo, tan… inquieto. Y eso, era su orden de que tenía que disparar *precisamente* contra el pecho de Akrom Anak, no contra la cabeza, por ejemplo. Sí, de pronto lo comprendí: el hombre que me había contratado, el hombre de la corbata blanca, no era Murik Anak, sino el propio, el verdadero Akrom Anak; el cual, claro está, sabía que anoche iba a recibir un balazo en el pecho. Admito que, aún llevando chaleco antibalas, hay que tener valor para exponerse a eso. Al mismo tiempo, con toda lógica, usted tenía que contratar a un hombre excepcional, capaz de atravesar cualquier obstáculo y poner la bala exactamente donde se le había indicado. Por eso buscó al mejor, e invirtió por adelantado quinientos mil dólares: quería que la bala le diese en el pecho, no en la cabeza. Por otra parte, pensaba recuperar esos quinientos mil dólares. Pero ya ve, no sólo no recuperará esos quinientos mil dólares, sino que ha perdido el tesoro y los treinta millones que le pagaron, por él, los sujetos del *Tunecia*.

—¿Todo eso lo tiene usted?

—Así es —asintió plácidamente Clark Coleman.

—¿Y usted dice que yo soy realmente Akrom Anak?

—Sí.

—Y que quise hacer creer que era mi hermano Murik quien estaba por aquí, planeando mi asesinato.

—Sí. Ya debía tenerlo todo planeado hacía tiempo. Incluso había

conseguido un cheque firmado por su hermano Murik, que rellenó a nombre de Bruno Rovatti. De este modo, como ya he dicho, usted quedaría como una… víctima afortunada, y la policía buscaría por todas partes a su hermano Murik… mientras que usted daba la gran campanada política al retirarse, al abdicar, y proponer la confederación entre Borkawa y Burkiam. Luego, sencillamente, con los treinta millones de dólares obtenidos por el tesoro del Templo, se habría quedado a residir en verdad principescamente en Europa.

—Se olvida usted que quien robó el tesoro del Templo de Borkawa Pnum fue mi hermano Murik, no yo.

—Ah… Esas palabras indican ya, que usted admite ser Akrom Anak. En cuanto al tesoro, es evidente que usted localizó a su hermano Murik, y se lo quitó. Lo que no sé es lo que pasó con su hermano, señor Akrom Anak.

—Lo maté —se endurecieron las facciones del hombre de la corbata blanca—. La verdad era que Murik se oponía a mis deseos de disfrutar de las riquezas del pueblo, y entonces lo preparé todo de modo que él quedase como un revolucionario peligroso. Él se llevó el tesoro del Templo, en efecto, para protegerlo de mí… Pero lo encontré, lo maté, y se lo quité. Algunos hombres fieles a mí, siguieron actuando con las guerrillas, y de este modo, todos creyeron que Murik seguía con vida, que era lo que me interesaba. También me interesa que todos crean que Murik sigue vivo, para que le busquen a él y al tesoro, dejándome a mí en paz, en Europa… ¡Que se repartan ese cochino país, lleno de excrementos y de miseria! Yo, simplemente, me quedo con el tesoro, con los treinta millones, y pasaré el resto de mis días en Europa… Sí, como un verdadero príncipe, no como el jefe de ese… rebaño estúpido, sucio y grosero, que forman las gentes de mi pueblo.

—No siga, ya imagino el resto: todo para mí, los míos que reviente. ¿No es eso?

—Eso es —sonrió el hombre de la corbata blanca.

—Sólo hay una «pequeña» cosa, que le ha fallado a usted: yo soy quien tiene el tesoro del templo, y los treinta millones. No usted, Akrom Anak.

—Eso durará muy poco. Parece no darse cuenta de que mis dos amigos le están apuntando con sus pistolas.

—Me doy perfecta cuenta. Y además, conozco a sus dos amigos:

son los que anoche dispararon contra mí, después de dejarme disparar contra usted para que la comedia siguiese su marcha. Anoche no demostraron tener gran puntería ni serenidad.

—Ahora lo tienen más fácil. No me diga que es usted de esos estúpidos que prefieren morir a entregar lo que se les pide.

—Claro que no. Soy demasiado frío y lúcido para eso, señor Akrom Anak. Sin embargo, la idea de poner esa fortuna en manos de un hombre que no piensa en la miseria de tres millones de personas, me… repugna.

—Entonces, lo vamos a matar.

Clark Coleman movió negativamente la cabeza, y su mirada fue más allá de los tres hombres, hacia la puerta del salón.

—¿Has encontrado a los otros dos, al tal Kamir y al otro? —preguntó.

Akrom Anak sonrió fríamente.

—Si cree que con ese truco tan gastado va a engañarnos haciéndonos creer que tiene tras de nosotros a algún amigo…

—Es cierto, Alteza —se estremeció Akrom Anak al oír la voz femenina—. El señor Coleman tiene un amigo tras ustedes.

Para entonces, Kamir y el otro se habían vuelto, gritando sobresaltados, orientando sus pistolas hacia la puerta… No tuvieron tiempo prácticamente ni de ver a la hermosísima señorita Montfort, que disparó por dos veces, tan de prisa que los dos «Plop» casi sonaron como uno solo. Luego, mientras Akrom Anak contemplaba con expresión desorbitada a la dulce señorita Montfort, ésta dejó de mirar los dos cadáveres, para mirar a Número Uno.

—Sí, encontré a los otros dos. Estaban dando vueltas por ahí fuera, vigilando. Ahora están en el agua. Mañana los encontrarán, supongo.

—Señorita Montfort —jadeó Akrom Anak—. ¡Usted!

—Cuando anoche, finalmente, comprendí la verdad, estuve a punto de ir a matarlo, Akrom —dijo fríamente Brigitte—. Pero me pareció mejor esperarle aquí. Sabía que usted vendría por los treinta millones, y a dar instrucciones a Nirok y Servara. Así que decidí esperarle, en compañía de los señores Savanapara, Asavinta y Ankiram.

—¿Los…?

Akrom Anak enmudeció, y palideció intensamente cuando, por

detrás del sofá, aparecieron los tres hombres mencionados, no menos lívidos que él, muy abiertos los ojos.

—Como ven, caballeros, cuando anoche les visité para pedirles que demorasen su viaje de regreso a Burkiam tenía muy buenos motivos.

—¿Qué… qué vamos a hacer ahora? —exclamó Savanapara.

—Bueno… No sé. A mí se me ocurre que ustedes podrían devolver el tesoro del Templo a Borkawa, con lo que la gente de este país les estarán muy reconocidos…, lo cual facilitará sus gestiones para seguir adelante con el asunto de la confederación.

—Sí… Sí, tiene razón… Pero…, ¿y los treinta millones de dólares? ¿Se los van a quedar ustedes?

—Temporalmente —sonrió Brigitte—. Dentro de unas semanas o de unos meses, cuando esa confederación sea un hecho, recibirán un obsequio de treinta millones de dólares en efectivo. Así que, señor Savanapara, sería interesante que ustedes activasen las negociaciones en ese sentido.

—¿Devolverá a Borkawa su tesoro religioso…, y regalará treinta millones de dólares a la confederación? —jadeó Asavinta.

—Así es, señor Asavinta.

—Pe… pero… Bueno… ¡Esto es increíble!

—¿Cómo vamos a explicar esto en nuestro país, y a los de Borkawa? —preguntó Ankiram.

—Tal como están sucediendo las cosas, hay una explicación que no sorprenderá a nadie: finalmente, Murik Anak encontró a su hermano Akrom Anak, y le mató. Luego, fue a verlos a ustedes, les dijo lo que había hecho porque su hermano Akrom era un canalla, y tras devolverles el tesoro del templo, desapareció. De este modo, Murik Anak quedará como un héroe, que es lo que se merece, y Akrom quedará como un canalla, lo cual también se merece. ¿No están de acuerdo?

—Pero la policía…

—Deje que la policía se rompa la cabeza buscando soluciones diferentes —sonrió Brigitte—. No encontrarán ninguna, y tendrán que aceptar lo que ustedes digan.

—Bien… Sí, claro…

—No tan claro —dijo con voz aguda Akrom Anak—. Ustedes olvidan que yo estoy vivo.

—Y usted olvida —dijo Clark Coleman— que me contrató para matarle, señor Akrom Anak.

—No… ¡No, no!

—Sí —dijo impávido Número Uno—. Por cierto, que nunca había cobrado tanto por asesinar a un cerdo.

—¡No, no, no…! ¡Sabe muy bien que todo era un truco, que todo era una mentira para…!

—A mí, señor Akrom Anak, no me gustan los trucos… que hacen otras personas. Y siempre cumplo mis compromisos, se lo dije: me han pagado por asesinar a Akrom Anak. Pues bien: usted va a morir.

Sacó la automática, y apuntó al pecho de Akrom Anak, que estaba lívido como un muerto. De pronto, el ceño de Número Uno se frunció. Desvió la línea de tiro, hacia la cabeza de Akrom Anak…

Plop.

Se guardó la pistola, y salió del salón, sin más complicaciones. Cuando los representantes de Burkiam pudieron recuperarse en parte de su asombro y espanto, la señorita Montfort estaba ante ellos, tendiéndoles un papel.

—Es un mapa muy simple, hecho a mano. En él se indica dónde encontrarán ustedes el yate *Tunecia*, y, en éste, el tesoro del Templo de Borkawa Pnum. A mi amigo y a mí —sonrió— nos disgustaría mucho que ustedes quisieran ser tan «listos» como Akrom Anak.

—No —dijo con voz aguda Ankiram—. No, no… Le aseguro que no pensamos…

—Estupendo —sonrió de nuevo la divina espía—. Y otra cosa que también nos disgustaría mucho, muchísimo, a mi amigo y a mí, es que ustedes mencionasen nuestros nombres. Olvídennos, del mismo modo que nosotros, dentro de unos minutos, habremos olvidado este asunto del tesoro del Templo de Borkawa Pnum…

Este es el final

El yate cuyo nombre era *Tunecia* pasó muy cerca de la costa, hacia La Valletta, la capital de Malta. Hacía día hermoso, lleno de sol, de luz que parecía convertirse en azul al reflejarse en el cielo.

En una pequeña playita de la costa, entre La Valletta y Sliema, había dos bicicletas, tendidas de lado en la arena. Más cerca del agua, un hombre y una mujer; ambos en traje de baño. Él tendido, con los ojos cerrados. Ella sentada, con un cigarrillo entre los deditos, mirando con leve sonrisita hacia el yate *Tunecia*, que llevaba una sorprendente escolta de lanchas.

—Mi amor…

El hombre alzó la cabeza, y miró a la muchacha, que señaló hacia el yate. El hombre miró, lo vio, y tras encoger los hombros volvió a descansar la cabeza y a cerrar los ojos.

—Mi amor…

El hombre se colocó de costado, sobre un codo, mirando amablemente a la muchacha.

—Dime, amor mío.

—*Mamma* María nos debe estar esperando para almorzar.

—Creí que estabas bien en esta playa.

—Sí… Pero, bien pensado, estoy mejor en el césped, junto a la piscina.

—Ah… ¿Y eso por qué?

—Porque allí sé que puedo hacer lo que me venga en gana cuando me venga en gana, sin que nadie pueda verme, de ninguna manera. Y hay cosas que a veces tengo ganas de hacer y que no me gusta que me vean hacerlas.

—¿Por ejemplo?

—Besarte… Y cosas así. Además, se está tan bien allí, tomando el aperitivo, viendo pasar las gaviotas, oyendo el rumor de la brisa

marina entre los árboles, oliendo nuestras flores… ¿Adónde vas?

—Cuando en el mundo existe un lugar como ese que estás describiendo, sólo un tonto es capaz de desaprovecharlo. Y puesto que tenemos bicicletas…, ¡corramos hacia allí!

Un minuto después, ella, riendo y haciendo diabluras sobre la bicicleta, y él impávido, serio como una piedra, pedaleaban hacia Villa Tartaruga.

Verdaderamente, sólo un tonto desaprovecharía sentir deslizarse la vida en un lugar como aquel.

Y ninguno de los dos era tonto…

FIN

Notas

[1] Ver *Su majestad «Baby»*. < <